

أمينة و زاهر

AMĪNA Y ZĀHIR

J. Alfredo Díaz G.

AMĪNA Y ZĀHIR

Dos almas gemelas

Tomo 7

El retorno.

©Jesús Alfredo Díaz García, 2013.

Amina y Záhir, dos almas gemelas.

Tomo 7: «El retorno».

ISBN 13:

All rights reserved.

Segunda parte de la Tetralogía *Almas Gemelas*.

Amina y Záhir está compuesta por ocho tomos.

1ª edición: marzo 2013.

2ª edición: marzo 2019. En esta edición, por motivos editoriales y debido a la gran extensión de los cuatro volúmenes originales, que excedieron las 800 páginas, cada uno se dividió en dos tomos. Del cuarto salieron: T7, *El retorno*, T8, *La fundación*.

Diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Fotografía cubierta: Patricia Murcia. www.patriciamurcia.com.es

Modelo de cubierta: Inés Blasco Díaz.

Arte final: Gustavo Adolfo Díaz González.

Otras novelas que componen la Tetralogía *Almas Gemelas*:

Primera parte: *Faysal al-Akram el Jeque*. 978-1798729496

Tercera parte: *La comunión de los ángeles*. 978-1478250432.

Cuarta parte: *Amanón. El espíritu de la selva*.

Colección El Guardafaro.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Los hechos narrados en esta obra y la ciudad de Al-Shurf son totalmente irreales, fruto de la imaginación del autor. Salvo los personajes históricos, políticos y públicos de la época enmarcada que pudieran aparecer, cualquier otra similitud o semejanza con personas de igual nombre que los utilizados en esta obra, y con posibles acontecimientos y situaciones reales, será simple coincidencia fortuita.

Queda prohibida, salvo cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad_01.0-1904

Tetralogía

Almas Gemelas

Segunda parte

Esta es una vista previa de evaluación
que comprende solamente los
2 primeros capítulos.

Han sido omitidas varias páginas iniciales
y finales, tanto con contenido como en
blanco, incluidas las de los nombres de todos
los personajes, razón por la que este archivo
para formato de PDF no tiene la apariencia
ni relación de páginas con respecto a la obra
impresa.

Índice

Almas gemelas	15
Amina y Záhir, división de la obra.	20
CAPÍTULO 69	23
Encuentro en Jerusalén	
CAPÍTULO 70	55
La nave negra	

A ella

Donde quiera que esté

Almas gemelas

Cada novela que conforma esta tetralogía es una mezcla de drama humano con sus miserias y grandezas, en la que la nobleza, el valor, el respeto, el desapego y la generosidad se ensalzan y triunfan. Una combinación de hechos novelescos dentro del género de ficción, que abarcan subgéneros como la épica, la caballeresca medieval y el realismo mágico con genios maravillosos y también perversos demonios; situaciones paranormales, leyendas que se entrelazan y difuminan con otras, costumbrismo y también romance de principio a fin. De amores que abarcan muchísimas existencias y que perviven de una en otra en intrincadas y maravillosas relaciones de vida. Todas con un propósito concreto en común, como lo es la preparación de dos almas gemelas y el ulterior despertar del durmiente para el reemplazo cósmico de los milenios.

Son los relatos de los que ahora son Amina y Záhir, de los que fueron Odiseo y Penélope y otras almas gemelas más, a través de cientos de miles de vidas concentradas en las dos últimas que abarcan un milenio.

Se inician en el año de 1076 con el primer título: *Faysal Al Akram el Jeque*, que relata el numinoso y esperado nacimiento de Amina Alya y la vida de sus padres el jeque Faysal y la mística Farsiris, princesa bizantina de la Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños.

Finaliza en época actual con *Amanón, el espíritu de la selva*. En ella y sus selvas se funden en uno el pasado y el presente, los opuestos se tocan y los círculos se cierran.

Almas gemelas está compuesta por cuatro títulos:

Faysal al-Akram, El jeque.

Amina y Záhir, dos almas gemelas.

La comunión de los ángeles.

Amanón, el espíritu de la selva.

Sinopsis breve.

Primera parte.

Faysal al-Akram, El jeque.

La trama transcurre entre los años de 1075 al 1094, principalmente entre la confluencia del río Jabur con el Éufrates en Siria, y Trebisonda en el sur del mar Negro, península de Anatolia, que formaba parte de los territorios de lo que sería conocido como el Imperio Bizantino. Trata de la juventud del jeque Faysal al-Akram y la princesa bizantina Farsiris al-Amira, los padres de Amina Alya, así como de la niñez de esta y su preparación como una mística señora de los sueños.

Originalmente, esta novela se publicó en julio del 2014 en un solo volumen de más de ochocientas páginas. Posteriormente, por motivos editoriales, en la edición de marzo de 2019 se decidió dividirla en dos tomos.

Segunda parte.

Amina y Záhir, dos almas gemelas.

Se inicia cuatro años más tarde. Transcurre entre el 1096, en el marco histórico de la Primera Gran Cruzada

y los sangrientos y brutales hechos del asedio y la toma de Antioquía, hasta el 1132. Discurre entre España, el río Éufrates en Siria y los territorios en el sur del Mar Negro en lo que fue la imponente Trebisonda (actual Trabzon, en Turquía), la ciudad de los palacios, los techos dorados y las hermosas princesas.

Es la huida y la búsqueda del joven español de diecinueve años llamado Elión, hasta encontrar, a orillas del río Éufrates, a Amina, una joven musulmana de su misma edad y dotada con tan grandes dones de videncia y paranormales como él. Debido a diversos sucesos, él recibirá el nombre árabe de Záhír Malakayn, y se inicia la leyenda de los dos que serían conocidos como los inmortales esposos de la luz. Una novela llena de aventuras y desventuras para los dos jóvenes, en un tórrido romance con cierta dosis de delicado erotismo en las relaciones entre Záhír y la sensual y explosiva Amina. Por la gran extensión de la obra, que superó las tres mil páginas, inicialmente se dividió en cuatro tomos. Posteriormente, por conveniencias editoriales, cada tomo se dividió en dos volúmenes para un total de ocho.

Tercera parte.

La comunión de los ángeles.

Aparentemente desconectada de las otras dos en el tiempo y en la trama, transcurre en época actual en alguna ciudad de España, en un peculiar convento donde los ángeles comen a la mesa. Natalia, una silenciosa joven enferma, embarazada y de oscuro pasado, es acogida en un convento de monjas que encierra ocultos secretos. Allí da a luz a una niña a la que ponen por nombre Angelines. A la hermana

Teresa, que llega nueva al convento, se le asigna el cuidado y educación de la niña. En esa ocupación va siendo testigo de hechos sorprendentes, maravillosos e inexplicables, que la sumen en grandes contradicciones que no se atreve a compartir con nadie. También es informada de la importante misión que tiene aquel convento, y su lejana relación con una orden de caballería y con quienes denominan el Origen y la Gemela: los esposos de la luz.

Unos años después, la hermana Teresa está a cargo del grupo de colegiales con los que la niña va a realizar la primera comunión. Pero siente una gran inquietud causada por algo muy trascendental que solo ella conoce que va a ocurrir ese día.

Cuarta parte.

Amanón, el espíritu de la selva.

El último título se inicia unos pocos años después de esos hechos. Una novela llena de sensualidad y erotismo en la intensa relación entre Eloy y Amanón con sus costumbres pemón. Una obra plagada de hechos de realismo mágico, paranormal y maravilloso, además de mucha acción. Está ambientada en la llamada Gran Sabana y las selvas del sureste de Venezuela y norte del Brasil. Transcurre entre el colosal macizo del Auyantepuy y su imponente Salto Ángel, y los pies de los imponentes montes Roraima y Kukenán-tepuy, vestigios de los pilares que, según algunos afirman, alguna vez sostuvieron el cielo en la época de los gigantes y los Titanes.

En ese mágico y misterioso ambiente del Escudo Guayanés, que es la formación geológica más antigua de la tierra,

una antigua orden monástica hospitalaria, distinta a todas, se combina con tribus pemón y una orden de caballería que se creía desaparecida hacía muchos siglos, los Templarios Negros, los Custodios, ahora altamente tecnológicos, que cuidan el despertar del durmiente. Es allí donde Elión y Erra, el dios de la destrucción y su eterno perseguidor, se verán las caras en una última batalla.

En esta novela se acrisolan el pasado y el presente, los opuestos se tocan, los círculos se cierran y el plomo se transmuta en oro sólido. Por la extensión de la obra, originalmente se dividió en dos voluminosos tomos que, de nuevo por motivos editoriales, posteriormente se dividieron en dos cada uno, con lo que esta tetralogía abarca un total de quince tomos.

Amina y Záhír, división de la obra.

Debido a la gran extensión que alcanzó, que superó las 3000 páginas en origen, esta novela se ofreció originalmente en cuatro tomos de más de ochocientas páginas cada uno. Posteriormente, por conveniencias de imprenta y editoriales, se consideró conveniente y necesario dividir cada uno de ellos en dos, por lo que resultaron ocho volúmenes. Todos ellos mantienen la correlatividad de los capítulos y de las notas de pie de página, como corresponde a la unidad literaria que conforma cada uno.

La división de los ocho tomos es la siguiente:

Tomo 1: *La búsqueda.*

Tomo 2: *Záhír Malakayn.*

Tomo 3: *Bésame o mátame.*

Tomo 4: *Los esposos de la luz.*

Tomo 5: *Trebisonda.*

Tomo 6: *La furia de Amina.*

Tomo 7: *El retorno.*

Tomo 8: *La fundación.*

Resumen del Tomo I

El joven español de nombre Elión reniega de sus grandes dones místicos y paranormales, por causa de sus terribles y dolorosos resultados, por lo que intenta deshacerse de ellos. No lográndolo, puesto que ni siquiera un ángel está facultado para quitárselos, trata de llegar a comprenderlos

y controlarlos. Así que, de manera un tanto ilusa, él intenta escapar de su destino y abandona su país. Es por eso por lo que siguiendo los mensajes que recibe en sus sueños y visiones, cumplidos los dieciocho años emprende una búsqueda para encontrar a una misteriosa «niña, mujer, virgen, sacerdotisa, mística, oráculo o lo que ella sea...». Según las revelaciones que le hicieron, ella es la única que podrá dar respuesta a las inquietantes preguntas sobre quién es él, su propósito en la vida y mucho más.

Para el largo viaje se une a un grupo de caballeros que van a formar filas en los ejércitos de la Primera Cruzada. En un periplo de unos nueve meses atravesando toda Europa y la península de Anatolia, por entonces ocupada en su mayor parte por los turcos musulmanes, llegan hasta la ciudad fortificada de Antioquía. Allí Elión permanecerá durante un par de meses como observador y se verá involucrado en algunas batallas, durante el asedio a que fue sometida la ciudad para intentar conquistarla.

Finalmente, atendiendo al llamado que recibe por boca de un atormentado vidente, conocido personaje histórico, Elión marcha en la prosecución de su búsqueda. Abandona su pasado y todo lo que él fue, incluso el nombre, ya que siente que tiene que encontrar la nueva vida y el nombre que le corresponde en ella. Se interna en el desierto sirio en busca del río Éufrates y de aquella misteriosa mística que, sin él saberlo, lo está esperando desde el momento mismo en que nació. Tras su encuentro con ella, Elión recibirá el nombre de Záhír.

CAPÍTULO 69

Encuentro en Jerusalén

Lo recuerdo tan bien.

Era cerca de la media tarde del tres de abril del año 1132. Un día más en Jerusalén, caluroso y seco como otro cualquiera; desagradable, para mi particular gusto por los climas más frescos.

Esa era la apariencia nada más, ya que ese día habría de cambiar por completo mi vida, lo que yo pensaba que quería hacer con ella y mis planes para el futuro. Porque una cosa es lo que piensa el burro y otra quien lo monta, como muy bien decía mi padre. Y en estas cosas que están tan íntimamente ligadas con el destino, lo que parece estar escrito y lo que no lo está, lo mutable y lo inmutable, que tanto ha dado para hablar y escribiUr, decir y contradecir, resulta que el burro era yo.

Las callejas estaban abarrotadas de gente de todas clases que iban y venían. Mercaderes, soldados, siervos, esclavos; viajeros, peregrinos, frailes, monjes y rabinos; poderosos y plebe se mezclaban allí. Era un crisol de culturas y credos distintos. Había cristianos de todas las tendencias, musulmanes y judíos de todas las ramas; budistas, zaratustrianos, drusos, samaritanos y quizás una docena más de creencias religiosas distintas; tantas como los múltiples países y regiones de donde provenían los visitantes. La ciudad era

una abigarrada conjunción multiétnica de vestuario, colores, voces, lenguas, dialectos y olores. Y luego aquellos pequeños burros con patas de acero. Porque yo no entendía cómo podían llevar unas cargas tan grandes.

En aquel momento, yo no me fijaba en ninguno de esos detalles, porque estaba seguro de que me seguían. Es una peculiar y desagradable sensación, que no tiene nada que ver con el temor ni con la imaginación. Es algo que si no se ha sentido se hace difícil de explicar, si acaso no imposible.

Yo acababa de contratar un camello en la pequeña caravana que saldría hacia el norte, al día siguiente. Pasaría cerca de Haifa, desde donde yo tenía que embarcar para Atenas y seguir por tierra hasta Francia. Sin embargo, la inquietud se estaba apoderando de mí por causa de aquella desagradable sensación. Yo ya comenzaba a ver rostros amenazantes a mis espaldas y por todos lados. Ya me esperaba que sucediera, pero no ahora, no tan pronto, no aquí.

¿Cómo pudieron enterarse tan rápido?

Si en verdad ellos ya me estaban siguiendo, mis oportunidades de llegar a destino y entregar mi encomienda, me parecía que eran prácticamente inexistentes. De las oportunidades de llegar con vida a mañana... ¿Me quedaría alguna? Quizás lo más sensato sería decirle a mi superior que yo ya no era apto para el encargo, que sería mejor buscarse a otro. Eso sería lo más sensato. Claro, si yo fuera sensato. Además, el monasterio quedaba al otro lado de la ciudad. ¿Podría llegar a él?

¿Cómo demonios pudieron saberlo tan pronto? Ellos, quienes fueran los que me seguían, forzosamente debían de tener espías dentro de mi orden religiosa, no cabía otra explicación. Pero todo era posible en Jerusalén por esos

agitados días. Particularmente con todo lo que estaba sucediendo en Roma y Europa en general, por causa del cisma creado por la doble elección papal, dos años atrás.

La fuerte discordia producida por la elección de Inocencio II seguida por la de Anacleto II, proclamándose cada uno el papa verdadero, a mí me parecía que iba de mal en peor, en lugar de llegar a una solución. El primero en haber sido nombrado era el papa verdadero. Eso si acaso fue nombrado de acuerdo con las normas y su elección se consideraba legal. De ahí las fuertes pugnas que había entre un bando papal y el otro, según yo entendía, aunque no estaba al tanto de los detalles del asunto. En cualquier caso, la estabilidad de la Iglesia Católica Romana se encontraba seriamente amenazada por aquella falta de unidad, pues cada papa contaba con países que lo reconocían y apoyaban. La Iglesia Ortodoxa estaba que se frotaba las manos.

¡Ay! ¡Mierda con este tipo! ¡El cabrón me ha llevado por delante! ¿En dónde tendrá los ojos? Me dolió el golpe. Mejor no decirle nada, tiene muy mal aspecto y lleva un cuchillo enorme. Aquí todos llevan un cuchillo a cada cual más grande. ¡Anda! Ese beduino está agarrando lo que acaba de cagar su camello. Lo querrá para alimentar el fuego; es lo único que se tiene en el desierto y las altiplanicies. Si los camellos cagaran un poco más seco, su estiércol sería paja pura. ¿Nunca les dará diarrea? Si los dueños de asnos y de caballos hicieran lo mismo que ese beduino, las calles estarían algo más limpias. ¿En qué estaba yo? ¡Ah, sí!

Tanto el bando de Inocencio como el de Anacleto quieren inclinar la balanza hacia su lado, es natural, y cada uno busca aliados que lo apoyen como Papa. Eso los está llevando a conceder prerrogativas insólitas a los distintos monarcas,

para granjearse su ayuda incondicional. También se buscan milagros, cualquier cosa que ayude. Y por estas épocas tan convulsionadas de buscadores de reliquias sagradas y de ansias desmedidas por ellas, de cualquier manera que sea y a cualquier precio, también se venden y compran almas al igual que conciencias, y Palestina y Jerusalén son el foco central, me parece a mí.

En medio de ese avispero alborotado ¿quién está? ¡Pues yo!, un simple fraile. ¿Qué digo? ¡Yo, el burro!, intentando inclinar la balanza en favor de uno de ellos. Me está comenzando a parecer que lo único que se va a inclinar es mi cuerpo, sobre el suelo y para no levantarse nunca más.

Si ellos saben de mí, yo ya estoy muerto.

Si ellos se han puesto sobre mi rastro, yo ya estoy muerto.

Si ellos ya me están siguiendo en estas calles, nada: ya estoy muerto.

¿Qué hago yo pensando? Si ya estoy muerto.

Mi nerviosismo aumentaba a cada minuto, mientras caminaba intranquilo por las calles sin tener ningún propósito, tan solo por no detenerme. Comencé a cuestionarme la racionalidad de las decisiones que había tomado hasta ese momento.

¿Cómo, entre mis superiores, pudo alguien haber pensado que yo podría servir para realizar esta encomienda? Que ya desde un principio apuntaba tan descabellada, por no decir suicida.

Peor aún, ¿cómo pude yo mismo haber llegado a pensar que podría ser capaz de hacerlo?

¿Cómo me dejé convencer de tamaña locura?

Tiene que haber sido por mi juventud. Sí, eso debió de ser. Yo me creí que con veintiséis años y lo que he viajado

y leído me lo sé todo y lo he visto todo. ¡Mierda! ¡Yo no sé manejar una espada! Ni siquiera soy capaz de pelar una manzana entera de una sola vez, con un simple cuchillo. Yo solo soy un fraile, no un guerrero. Eso es para los caballeros de las órdenes militares, como los de San Juan de Jerusalén y los del Temple. ¿Por qué no se lo encomendaron a un par de ellos, que están aquí mismo y van y vienen a su antojo?

Yo solo espero que alguno de nosotros cinco logremos llegar a cumplir la encomienda, porque solo Dios sabrá lo que irá a pasar si no.

Me detuve junto a una pared y miré para atrás. Ninguno de los muchos hombres en la calle tenía mejor ni peor cara que los otros.

¿Los había que me miraban de soslayo o era mi imaginación? Aquellos dos sentados enfrente me estaban mirando. Seguro que era por la cara de susto que yo debía de tener. Todos me parecían amenazantes. Me dolía el hombro por el encontronazo con el tipo aquel.

A mí me parece amenazante cualquiera que esté fuera de un monasterio. Nací con miedo a todo y no puedo ver una lanza o una flecha sin temblar. De hecho, la sola vista de una flecha me hace poner pálido y sentir que las piernas me flaquean. ¿Será que me habrán pinchado con alguna cuando era muy niño?

¿Realmente me seguían o ya estaba como para que me encerraran? Tenía que tranquilizarme, de lo contrario serían mis propios nervios quienes me matarían. Y yo ni siquiera había empezado el viaje. ¿Qué sería de mí dentro de una semana? El miedo me consumiría.

¿Pero de qué semana hablo? Ni tan siquiera llegaré a mañana. Me siguen. ¡Yo ya estoy muerto!

Tranquilízate, Martín, tranquilízate. Respira profundo y con calma; tranquilízate o te va a dar algo. Sí, eso es; ya estoy un poco mejor. Porque si respiro es que todavía estoy vivo.

Tropezaron contra mí y me sobresalté; me faltó poco para gritar. Fue una mujer de baja estatura que caminaba pegada a las paredes junto a otra. Solo pude ver sus ojos, cubierta como estaba por un *niqab* negro, mientras que, en contraposición, la otra vestía un colorido vestido y llevaba la cara al aire.

La que me tropezó no se disculpó siquiera, siguió su camino apresurada tras darme un vistazo fugaz. Seguro que es de las mujeres que no le pueden hablar a un hombre, ni que sea cura o fraile. ¿Cómo se las distingue con el *niqab* si se ven todas iguales? Me parece que ni sus maridos podrían reconocerlas en la calle. Será por eso que no las dejan salir solas. Incluso para ir al mercado tiene que acompañarlas algún familiar masculino. Bueno, tampoco es cierto. Yo he visto a muchas acompañadas por otras mujeres. La del vestido colorido se parecía a la que me había pronosticado el destino, unas semanas antes. ¿Cuándo había sido aquello? Fue... el día tres del mes pasado. Hoy es tres.

¡Hacía justo un mes!

Darme cuenta de aquello me hizo olvidar, por unos momentos, el miedo que sentía y de que alguien me seguía. Recordándolo ahora, aquello no había sido ninguna lectura de cartas del Tarot, la palma de la mano, la borra de un café ni nada. La mujer me dijo el destino sin leerme nada, tan solo mirándome a la cara. Qué curioso, antes no me había dado cuenta de ese detalle. Sí, había sido la noche del tres de marzo, justo un mes antes.



La luna estaba casi llena y alumbraba bastante bien. El hermano Jonás y yo nos detuvimos junto a un tenderete. Tenía un letrero que anunciaba que se leía el destino. En él había un par de mujeres con la cara descubierta, que vestían con mucho colorido y un montón de collares y pulseras. Una de ellas, la más joven, vestía con predominio de color rojo, mientras que en la ropa de la de más edad predominaba el verde. Esta se me quedó mirando con gran fijeza; más bien con cierto asombro, diría yo. Me resultó muy extraña su actitud y eso hizo que yo me fijara en ella con más detenimiento. ¿Acaso me conocería? La mujer le dijo algo a la otra, que también me miró con curiosidad, y las dos intercambiaron unas palabras rápidas. La mayor dudó entre decirme algo o no.

Debió de haber tomado una decisión, porque se ofreció a echar las cartas y leer el futuro. El hermano Jonás le dijo que él no gastaba dinero en tales tonterías, ni creía en patrañas de mujeres charlatanas y de mal vivir. Lo hizo de mala manera y con un tono muy desagradable. Ella lo fulminó con la mirada y me hizo una seña con el dedo para que yo me acercara. Yo lo hice, al fin y al cabo soy muy curioso. No entiendo cómo alguien tan miedoso como yo pueda ser tan curioso. ¿No es una contradicción? En voz baja, para que mi compañero no la escuchara, ella me dijo en un buen castellano:

—No era para él mi ofrecimiento, sino para ti, y no te pienso cobrar nada por lo que te voy a decir. Porque a ti nada hay que leerte en las cartas del Tarot; todo lo llevas escrito en tu frente y en tu cara.

—Mujer, ¿cómo voy yo a llevar...?

—¡Silencio! No me interrumpas, que estoy haciendo un esfuerzo por hablarte. He dudado porque tú no me eres nada simpático, fraile cristiano, debido a tu ignorancia y escepticismo. Aunque, por lo menos, tú no has sido insultante e hiriente como tu compañero, que nos miró como si fuéramos estiércol de cabra. Tú, en cambio, nos has mirado a los ojos, como a personas, ni siquiera como a mujeres. Quizás haya algo bueno en ti, después de todo. Siento que no puedo dejarte pasar de largo, porque un caso como el tuyo no lo había visto nunca, aunque he escuchado sobre ello a mi gente. Has retornado del más allá muy pronto y llevas tu destino escrito en la frente y el rostro, porque tienes una importante misión que cumplir.

—Tengo una misión importante, pero yo no he retornado de ningún más allá, mujer. Nunca he muerto.

—¡Cállate, ignorante! Todos los frailes sois iguales en eso, encerrados entre los muros de vuestros monasterios y ocupados nada más que en pasar las cuentas del rosario, sin siquiera saber lo que es rezar. Déjame comunicarte lo que tengo que decirte, porque te interesa mucho.

—Si me interesa o no, eso será yo quien lo decida.

—Definitivamente, tú no me eres simpático en nada, fraile. Mas eso no importa; yo me siento orgullosa de ser la mensajera.

—Si de verdad tienes algo que sea de interés para mí, quizás será por eso que Dios me ha hecho encontrarte.

—Tú no puedes mantener la boca cerrada, ¿verdad, fraile? No me has encontrado tú a mí, sino yo a ti, porque yo no tenía ningunas ganas de venir hoy a este lado de la ciudad. Ahora ya sé por qué terminé viniendo. Por eso he de decirte-lo, es mi obligación. Fraile, creas o no lo que yo te diré carece

de importancia. Es *maktub* y ni tú ni nadie puede modificarlo; tan solo *él* podría hacerlo, pero no lo hará.

—¿Te refieres a Dios?

—No, y deja a tu dios fuera de esto, que *él* no tiene nada que hacer aquí.

La mujer me seguía observando. Estaba claro que ella todavía no lograba salir completamente del asombro que sentía, por lo que fuera que ella viese. Aquello me tenía aún más intrigado e interesado. El hermano Jonás me dijo:

—No la escuches, hermano Martín. No les prestes atención a estas charlatanas con sus artes oscuras. La pretensión de hacer adivinanzas del destino es cosa del demonio, porque solo los ángeles y Dios conocen el destino del hombre. No la escuches. Ellas viven de engatusar a la gente para sacarles algo de dinero.

—Espera un poco, hermano Jonás, déjame terminar de escuchar lo que quiere, que no me está costando nada.

—Como tú quieras. Yo te espero más allá, pero ten mucho cuidado, hermano Martín. No me gusta este sitio. Me voy a poner a rezar por ti.

El hermano Jonás se alejó un poco hasta la esquina. La mujer lo siguió con una mirada como puñales y me dijo:

—La vida de *él* será muchísimo más breve que la tuya. A ti te digo, fraile cristiano, que justo en un mes y aquí mismo en Jerusalén tu vida cambiará por completo.

—¿En un mes? —la interrumpí de nuevo sin poder evitarlo—. Te equivocas de entrada, porque dentro de un mes no estaré aquí, sino muy lejos.

—Lo estarás, fraile, tú estarás aquí para encarar tu destino; es *maktub*, ya te lo he dicho, está escrito sobre tu frente y no pude ser cambiado.

—Mujer, déjate ya de eso, porque nada hay escrito sobre mi frente ni en mi cara.

—Necio, ¿quieres dejar de interrumpirme constantemente? Me provoca...

—¿Qué? ¿Me vas a echar una maldición? Pierdes el tiempo, porque yo tampoco creo en eso.

—Definitivamente, fraile hablador, tú no puedes tener la boca cerrada. Pero ya te la cerrará *él*. No, yo no te voy a echar una maldición, a ti no podría hacerlo porque tú estás bajo su protección.

—¿La protección de quién? ¿De qué hablas?

La mirada de la mujer me taladró el cerebro y me sacó el corazón por el costado derecho. Yo callé.

—¿Dices que no hay nada escrito en tu frente y tu rostro? Yo te lo leeré. Dice que tú has regresado del más allá en muy poco tiempo, para completar ahora todo lo que te faltó. Lo que tú más temes en esta vida, dos negras, cortas, rápidas y mortales flechas capaces de atravesar armaduras, de hoy en un mes clavarán tu cabeza sobre una mesa y terminarán con lo que ahora eres. A ti te asusta la noche porque a todo le temes, mas ese día morirás y nacerás de nuevo. Pero esta vez lo harás bajo la protección de la luna y el amoroso beneplácito de la noche. Las dos velarán por ti de una forma como no puedes siquiera imaginar, para que en un año, sin que tus ojos se quemem, tú seas capaz de contemplar al sol y a la luna en todo el esplendor que ellos tienen juntos.

»Regocíjate en tu pronta muerte, fraile, porque solo entonces estarás preparado para encontrarlo a él, tu maestro. Desde ese momento, tu vida estará ligada de manera permanente a la tranquila y gloriosa luna que, junto al esplendoroso sol, recorren el mundo llenándolo de paz y de luz.

»Dichoso tú, que en tu resurgir encontrarás al más grande entre los grandes, el maestro de maestros por quien muchos hombres, con más y mayores méritos que tú, darían su vida tan solo por verlo un momento.

»Dichoso tú, fraile ignorante de todo aquello que en verdad merece la pena ser conocido, porque tu merecimiento de hoy no es tanto por lo insignificante que eres, sino por lo importante que para él fuiste ayer.

»Dichoso eres tú, fraile, te digo yo ahora, que junto a tu maestro la conocerás a ella, la más grande entre las mujeres vivas; maestra de maestras, reina de reinas y emperatriz del mundo oculto, el verdadero y único. De manera muy gustosa daría yo media vida, tan solo por poder besar el ruedo de su vestido y lavar sus pies.

La mujer se interrumpió con un respingo de sorpresa. Se levantó con viveza y miró a un lado mío, un poco sobre mi cabeza, como si hubiera algo o alguien allí.

Yo volteé con presteza y no vi nada.

Los ojos de ella se abrieron al máximo y ahogó un grito, tal era el asombro que manifestaba. Le dijo algo con rapidez a la mujer de rojo, quien miró también. Pareció no ver lo que ella veía, porque movió la cabeza en forma negativa, y continuó leyendo las cartas a una mujer vestida con un negro chador.

La mujer que estaba de pie frente a mí se llevó las dos manos al corazón, intentando contenerlo, y cayó de rodillas. Sus ojos se aguaron y las lágrimas fluyeron de ellos, mientras en su rostro aparecía la mayor sonrisa de dicha que yo hubiera visto alguna vez en persona alguna. Lágrimas y risa se mezclaron y ella comenzó a balbucear:

—¡Es ella, es ella!

La otra mujer más joven se levantó también y se le acercó. Miró de nuevo hacia mi entorno y le preguntó:

—¿Qué es lo que estás viendo?

La mujer arrodillada le dijo en voz alta, casi en un grito:

—¡Es Sayyidat al-Ahlam al-Kabira!

La joven de rojo chilló y se arrodilló también a su lado, con una intensa emoción plasmada en su rostro. La del chador se puso de pie y preguntó qué sucedía.

Yo sentí algo a mi lado derecho, pero no vi nada. Era una sensación extraña que no había sentido nunca, como si allí hubiera una gran presencia que transmitía un amor inmenso. Pero yo no podía ver nada. La mujer que me leía el destino en la cara me dijo:

—¡Ella está a tu lado, fraile! La Gran Señora está a tu lado para guiarte adonde te has de encontrar con él, el más grande de los hombres. Sus maravillosos ojos verdes me miran y su rostro me sonrío. Ella me está mirando, porque todo lo ve y lo sabe. La Gran Señora está complacida conmigo por el mensaje que te he dado. ¡Oh, Creador Glorioso, me bendice a mí y a mí descendencia! ¡Ella está llenándome de su inmenso amor!

Las lágrimas anegaron por completo los ojos de aquella exaltada mujer, que seguía mirando lo que ni yo ni las otras mujeres podíamos ver. Para mí estaba muy claro que aquello no era fingido. Quien fuera que ella viera debió de desaparecer luego de unos momentos, porque dejé de sentir aquella presencia. La más joven se levantó y ayudó a la otra a incorporarse del suelo y sentarse de nuevo, porque estaba muy conmocionada.

La mujer del verde vestido colorido volteó los ojos al cielo y gritó algo que a mí me pareció una alabanza. Ella

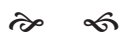
habló con la joven en una lengua que no entendí y se fue calmando. La mujer del chador preguntó en árabe algo que no alcancé a escuchar, y la más joven le dijo:

—Sayyidat al-Ahlam al-Kabira se ha presentado aquí y le ha hablado a mi tía, ella la ha visto.

La del chador gritó alabanzas y pasó al otro lado, ayudando a la joven a atender a su tía. Poco después, la joven consideró que ya podía dejarla sola y volvió a su sitio más allá, para seguir atendiendo a la mujer del chador en su lectura de las cartas. Aunque por lo animada que esta le hablaba, comentando el incidente y queriendo saber más, yo no sé si la otra lo seguiría haciendo. La mujer de verde, algo más tranquila, me dijo en voz muy baja:

—Gracias, muchas gracias, fraile. Yo ahora podré morir dichosa, gracias a ti, porque mis ojos han contemplado la enorme belleza y la inmensa luz de la Gran Madre. Me da igual si tú crees o no lo que te he dicho, ignorante fraile cristiano; es maktub, está escrito para ti, tú lo llevas en tu rostro y no puede ser borrado. Algo muy bueno ha de haber en tu persona, cuando ellos dos te han elegido y velan por ti. Ahora soy yo la que te doy las gracias por haber pasado por aquí, ya que eso me ha permitido darte el mensaje y he sido merecedora de la sonrisa y la bendición de ella, la más grande entre las mujeres vivas.

La mujer no pudo seguir hablando, porque ocultó el rostro entre las manos y siguió llorando en silencio. Yo me fui con el hermano Jonás sin comentarle nada.



Me desperté de aquel recuerdo que no me había hecho ningún bien. Ahora estaba más asustado todavía. ¡Hoy se cumplía el mes, hoy iba a morir! No solo me seguían los

asesinos, sino que aquella mujer me lo había anunciado un mes antes. Yo tenía que haberme ido de la ciudad hacía tres días, pero no pude encontrar transporte que pasara cerca de Haifa. ¡El destino se confabulaba contra mí! Si yo me hubiera acordado antes no habría ni salido del cuarto más cerrado del monasterio.

Eso de morir tan joven era malo, muy malo; aunque mucho peor sería surgir como un fantasma o un abominable de los que salen durante las noches, cuando hay luna llena, que viven en los cementerios y pantanos oscuros. Porque la mujer me dijo que yo resurgiría al amparo de la noche y el augurio de la luna, o algo así. ¿Acaso me convertiría en un licántropo u otro ser peor matando gente por ahí?

¡Ay, Dios mío, voy a morir hoy!

¡Qué terrible es saber eso por adelantado!

¡Qué aterrador ha de ser tener la capacidad de la videncia!

¿Quién quiere conocer por anticipado todo lo malo que va a ocurrir? Porque parece que nunca se sabe lo bueno, sino tan solo lo malo. ¿Por qué nunca anuncian cosas buenas?

Los asesinos me siguen y me darán muerte hoy. Pero yo no quiero convertirme en un ser de la noche porque me aterra la oscuridad.

¿Qué maestro encontraré luego?

¿Qué maestro se puede encontrar después de muerto y resurgido como un abominable?

¿Acaso algún oscuro y malévolo hijo de Satanás? ¡Ay, Dios mío, sálvame y protege mi alma! ¡No dejes que yo vague sobre la tierra!

Me persigné un montón de veces con la mano derecha y con la izquierda, por si acaso. Al fin y al cabo, soy completamente ambidextro.

Yo me había detenido bajo un toldo, pegado a la pared de un bullicioso local de comidas del que salía música. No era una calle principal, pero tampoco tan estrecha. Era lo justo para que casas de dos plantas se dieran sombra unas a las otras, y estaba bastante concurrida.

Con un pañuelo me limpié todo el sudor que corría por mi cara, y no era por el calor de la tarde. Mierda, vaya sucio que está el pañuelo. No me había dado cuenta antes. Tendré que lavarlo cuando regrese al monasterio. ¿Lavarlo? ¿Y para qué si voy a morir hoy? Mejor me voy cuanto antes y me encierro en la sacristía. ¿Por qué quedará tan lejos, al otro lado de la ciudad? ¿Qué hago yo por aquí? Tendré que atravesarla completa y me siguen. ¿Podré llegar vivo?

Mis tripas gruñeron de manera sonora.

¿Será del miedo? Si es que todavía no he desayunado ni almorzado hoy. Tengo hambre y sed, mucha sed. Dicen que el temor produce sed. Siento las piernas flojas; necesito sentarme un rato. El interior de este local es grande y está bastante lleno. Eso me parece conveniente. Nadie intentaría matarme entre tanta gente.

Decidí entrar para quitarme todo: sed, hambre y miedo; si acaso era posible deshacerme de este. ¿Cómo se quita el miedo cuando lo tienes metido en los huesos? ¡Jesús bendito, yo iba a morir hoy! La mujer no me había dicho la hora, pero ya se había ido bastante más de medio día. ¿Los asesinos estarían esperando a que cayera la noche?

¿Por qué todos esos sitios estaban siempre llenos? ¿Y por qué todos tenían la misma música? Un hombre tocaba el nai y otro la darbuka. Me acerqué hasta donde preparaban la comida, para ver el aspecto que tenía. Pedí un plato de alcuzcuz de cordero y un jugo de cualquier cosa. Al menos

moriría con el estómago lleno. Me tomé el jugo primero y pedí otro. Estaba sediento.

Le di una mirada al local. Las mesas estaban bastante llenas. Siempre lo estaban. Aquella gente no parecía tener otra ocupación que sentarse en estos sitios para beber café y conversar.

Una de las cuatro mesas que estaban arrimadas a la pared más alejada de la puerta era para seis, pero la ocupaba una sola persona. Se trataba de un hombre más joven que yo. Era alto y vestía lo que podría ser un hábito negro, ropa árabe o de cualquier otra parte por allí. En cualquier caso, estaba muy limpia. ¿Cómo podía tenerla tan limpia? Forzosamente tenía que estar recién lavada.

Se cubría la cabeza con un amplio *hatta* de color negro que le caía por los hombros y espalda. Estaba sujeto con una *igal* de larga cola que tenía un trenzado plateado. Entonces no era ningún hábito religioso lo que vestía. Yo no conocía monjes ni frailes con *hatta*.

Después de darles un nuevo vistazo a los demás hombres en el local, me pareció que el rostro de aquel individuo era distinto. Sentí en él una tranquilidad, una serenidad y un sosiego totalmente opuestos a la inquietud y malhumor que mostraban los otros, y que me transmitían a mí. No lo pensé dos veces. Me acerqué a la mesa con mi plato humeante, una torta de pan y una jarra de jugo. Le pregunté hablando en árabe

—Buenas tardes. ¿Me puedo sentar aquí para comer?

—Por supuesto, para eso está la mesa. Yo no la he alquilado en exclusividad —dijo él con una sonrisa y cierta curiosidad en sus ojos de color verde—. Hay cinco sitios libres, elige el que tú quieras.

Yo me senté en el taburete que quedaba frente a él. Fue el sitio que sentí más seguro porque se podía ver la puerta y casi todo el local. Él tenía delante una jarra con café y bebía el que se había servido en un vaso.

Comí con ganas mientras me fijaba en sus ojos. Yo los había visto de todos los colores, incluso unos que parecían casi violetas. Sin embargo, nunca había visto unos ojos de un verde tan intenso. Se podía notar el color desde lejos. Sentí curiosidad por el tipo; yo siempre tengo curiosidad.

—Por tu aspecto no logro saber de dónde puedes ser.

Yo esperé una respuesta mientras seguía comiendo. Él sonrió ligeramente y no dijo nada. ¿Sería que no iba a responder? Caí en cuenta de que no le había hecho una pregunta, sino un comentario más bien; por lo tanto, él no tenía nada a lo que responder. Era una mala costumbre que yo tenía al hablar.

—¿Vives en Jerusalén, estás de visita o vas de paso?

—Solo de paso. Lo que tenía que ver ya lo vi.

—¿Eres un peregrino?

Me sorprendí yo mismo. ¿Por qué hice aquella pregunta tan estúpida? ¿Acaso fue solo por hablar? El tipo tenía menos pinta de peregrino que de camellero.

Él sonrió levemente, como recordando algo. Yo pensé que tampoco iba a responder, pero dijo:

—Pues resulta ser una pregunta interesante. No me había dado cuenta de esa relación. No vine por aquí en todos estos años. Sí, puede decirse que sí. En ese caso han sido dos peregrinaciones las que ya he realizado. La primera fue como romero a la Ciudad Eterna; la otra, yo la estaría completando hoy aquí, después de muchas vueltas y treinta y cuatro años más tarde.

Yo me atraganté con un trozo de torta de pan mojado en salsa. Tosí por un buen rato y tuve que tomar medio vaso de jugo, para lograr calmarme. Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Dices que treinta y cuatro años atrás?

—Sí, aunque las cosas son como tienen que ser, y resulta que debía de ser hoy que llegara hasta aquí y no entonces. Como suele acontecer en algunas ocasiones, cuando una situación termina y otra comienza, puede hacerse difícil diferenciar la que está terminando de la que empieza; una se vuelve la continuidad de la otra.

¿El tipo me estaría tomando el pelo? Lo miré bien. No había signos de burla en su expresión. Me pareció que él de verdad estaba divertido al reconocer aquello. De alguna forma sentí que aquel hombre no era de los que acostumbraban a burlarse de nadie. ¿Entonces, cómo era posible lo que decía? Ni aunque él hubiera comenzado la peregrinación en el vientre de su madre era posible.

Mi curiosidad era muy grande, pero no me atreví a preguntar todo lo que en ese momento hubiera querido. Si la curiosidad mató al gato, ¿cómo era que yo había llegado a los veintiséis años? Aunque de hoy ya no pasaría. ¡Ya volvía yo a pensar en aquello! Sacudí la cabeza para ver si me sacaba tales pensamientos.

Yo seguía sin saber de dónde era el tipo, quizás sirio o libanés. No, su perfil facial no me encajaba. ¿De Armenia? Su lengua árabe era muy buena y culta, pero sus rasgos no me parecían tampoco propios de ninguno de aquellos países. También pudiera ser griego. Aunque las fisonomías no eran mi fuerte. Pensé que era conveniente ser cauto. Muchos de aquellos hombres se molestaban si se sentían interrogados;

no era buena educación hacer preguntas personales a los extraños; esa era una de las costumbres arraigadas.

Mientras yo seguía comiendo y él tomando su café, me di cuenta de que ni judíos ni musulmanes peregrinaban a Roma, entonces probablemente fuera cristiano. Recordé que me dijo que en Jerusalén ya había visto lo que tenía que ver. Posiblemente había ido al Santo Sepulcro. Yo me limpié la boca con la manga y, siendo para mí muy difícil permanecer callado, le pregunté:

—¿Ya te marchas de la ciudad?

—Sí. Había alguien que tenía que encontrarse aquí conmigo. Lo estaba esperando. Esta es una hora muy buena, porque el calor ya comienza a bajar y da tiempo para llegar antes de la noche.

¿Una buena hora para ir adónde? Allí dentro se estaba bien y yo no quería salir. Yo todavía no sabía de dónde era él, pero quizás me quisiera decir hacia dónde iba.

—¿Y hacia dónde vas tú? Si me permites la pregunta.

—Voy hacia Europa.

—¡Oh, vaya!, yo también. Me dirijo a Francia.

¡Demonios! ¡Yo y mi boca! ¿Por qué le decía a un extraño para dónde iba yo, si se suponía que era algo secreto? Él sonrió levemente y dijo:

—Bien, veo que tú vas por mi mismo camino y destino.

¿Qué era lo que había detrás de aquella sonrisa? ¿Era por las circunstancias y la posibilidad de un compañero de viaje? ¿O era algo más?

Deseché esa idea. No podía haber nada oculto en su actitud, porque era yo el que me lo había encontrado a él. Yo fui el que, en la puerta de aquel local, había tenido el recuerdo de aquella mujer y su vaticinio de muerte; no fue él quien

me lo provocó. Tampoco nadie me obligó a entrar allí, mucho menos a sentarme en aquella mesa; menos aún abrir la boca. Me estaba volviendo muy suspicaz, demasiado. Si seguía así iba a enfermar.

¿Por qué, en ese instante, recordé todas las veces que la mujer aquella me había llamado fraile ignorante?

Yo acababa de decirme, como para convencerme a mí mismo, que todo aquello había sido mi única y exclusiva decisión. Pero algunos días más tarde volvería a darme cuenta de que, definitivamente, como mi padre hubiera dicho: el burro era yo.

El hombre frente a mí, sin mover la cabeza siguió con la vista a un individuo que entró. Siguiendo la mirada de mi compañero de mesa, yo le eché también un fugaz vistazo. Vestía una capa roja y llevaba la cabeza completamente cubierta con la capucha, además de que también tenía un pañuelo rojo alrededor del rostro. No se le alcanzaba a ver el resto de la cara. El hombre cruzó el local y se vino a sentar en una mesa detrás de mí, que acababa de ser desocupada por tres hombres. Yo no le di mayor importancia.

Continué inclinado sobre mi plato, comiendo con avidez hasta terminarlo de cuatro bocados. Estaba delicioso o yo tenía demasiada hambre; o ambas cosas.

No bien me había metido la última cucharada en la boca cuando sucedió; yo no pude ni darme cuenta. Con una rapidez pasmosa, el hombre de negro frente a mí se movió hacia un lado, a la vez que estiró un brazo a través de la mesa o a mí me lo pareció, aunque no podría jurarlo. Sea como haya sido, me empujó por la cabeza o no sé por dónde. El caso fue que yo salí despedido hacia atrás. Apenas logré escuchar dos sonidos fuertes y secos cerca de mí.

Yo caí de espaldas al piso junto con el taburete sobre el que me sentaba. No sé quien hizo más ruido, si él o yo.

—¡Maldita sea! —grité en castellano.

El taburete, yo, ambos o lo que haya sido, dimos contra las piernas del hombre de la capa roja, que se había puesto de pie. Aquello hizo que el hombre se cayera y volteara la mesa ante la que estuvo sentado. Aumentó más el ruido y la confusión creada, y todos los que estaban en el local prestaron atención hacia allí.

Yo estaba enredado conmigo mismo procurando levantarme del suelo. Por eso no me di cuenta de que el hombre de rojo lo hizo primero que yo y se apresuró a salir del local. Logré levantarme con el rostro colorado por la indignación. Yo estaba dispuesto a reclamar a mi compañero de mesa su absurdo, incomprensible y desconsiderado comportamiento. ¡Ya le iba yo a decir lo que era bueno! ¡Ahora sí que no me pensaba callar! Porque...

No llegué a abrir la boca.

Quedé de una pieza.

La respiración se me cortó.

Tuve un retorcijón de barriga.

Se me salió un sonoro pedo.

Mi rostro empalideció y me fallaron las piernas.

Campanas lejanas dieron tres tañidos secos.

Mi corazón se había detenido y la sangre se me congeló dentro de las venas.

Ninguna palabra salió de mis labios.

En la mesa, junto al plato sobre el que hacía unos instantes estuve yo inclinado, estaban clavadas dos flechas cortas y negras, de ballesta. Tuvieron que haber pasado justo por donde había estado mi cabeza.

Las personas de las mesas más cercanas se habían levantado. Hablaban en voz alta y alterada señalando hacia el techo. Yo miré siguiendo la inclinación de las flechas. En lo alto había un ventanal de ventilación y comprendí que las flechas vinieron de allí. Todo se me aclaró.

Sin poder evitarlo exclamé en castellano:

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Sí que me siguen! ¡Yo soy hombre muerto, soy hombre muerto! Ella me lo dijo, la mujer me lo vaticinó. ¡Yo hoy tenía que morir por dos cortas flechas negras! Me seguían.

¡Coño, claro que me seguían!

¡Acababan de intentar matarme!

Me toqué los brazos angustiado, a ver si seguía siendo sólido o era un fantasma. Tenía que estar muerto sobre esa mesa, con la cabeza atravesada por aquellas flechas como negros colmillos de una sigilosa y mortífera mamba negra.

Muerto. Yo estaría muerto si no hubiera sido por la oportuna intervención de aquel individuo. Él, como si nada hubiera ocurrido, bebía un trago de café con toda tranquilidad y terminó el vaso.

El dueño del local llegó apresurado. Miraba las flechas clavadas profundamente en la mesa y miraba al techo; nuevamente a las flechas y de nuevo al techo. Parecía no comprender nada de lo ocurrido. Se excusó de mil formas conmigo. Novecientas noventa no las entendí.

Sería inútil intentar buscar a quienes lo hicieron. Aquella madeja de techos conformaba otro mundo laberíntico por encima de las calles. Y no era yo quien iba a subir.

Mi extraño e impasible compañero de mesa se puso en pie con tranquilidad, y le dijo al hombre algo que yo no entendí. Este hizo una reverencia con la cabeza y se alejó.

Yo apenas tengo un metro sesenta y cuatro de altura, mientras que aquel hombre estaría fácil por encima del metro ochenta largo, más bien rondando el metro noventa. A mí me pareció inmenso. Tendría veintitrés años; veinticuatro, como mucho.

El propietario llegó y le entregó una bolsita a mi extraño compañero. De dos tirones, él extrajo de la mesa las dos flechas y otra que estaba clavada en el suelo cerca de donde él estuvo sentado, y las guardó en su bolso junto con la bolsita. Se cerró más la capa de color negro y agarró un par de odres de viaje llenos, que él tenía en el suelo. Me arrojó uno de ellos y en leonés o castellano del norte preguntó:

—¿Nos vamos o esperarás a que ellos regresen?

Él echó a andar atravesando el local mientras todos se apartaban dejándole paso.



Yo caminé a su lado, entre el gentío que a esa hora pululaba por las calles principales. No dije nada, no pregunté nada, no pensé en nada; tan solo lo seguía.

Nos dirigíamos hacia la puerta occidental de la ciudad. Él se quitó el negro *hatta*, lo dobló por la mitad en un gran triángulo, como un *shumagh*, se lo ajustó alrededor de la cabeza cubriendo también el rostro y guardó la igal. Yo me cubrí con la capucha de mi capa negra tratando de ser una sombra, tal como él y pasar desapercibido.

—Yo soy Martín. ¿Por qué nombre te puedo llamar a ti?

—Puedes llamarme Elión.

—¿Cómo supiste que hablo castellano?

—Porque un hombre puede hablar muchas lenguas, pero cuando está asustado maldecirá y jurará en el idioma en que fue criado.

—¿Adónde vamos?

—A nuestro destino en común.

Pronto salimos por la concurrida puerta de Haffa sin detenernos ni mirar atrás. Al menos él no volteó a mirar ni una sola vez. Yo lo hice por él y por mí, cada pocos pasos.

Tomamos por el camino que descendía oblicuamente la colina. Miré hacia atrás; ya no se veía a casi nadie. Aún había muy poca gente por allí, cosas de la hora. Eso me atemorizó un poco y dije:

—Hay muy poca gente por aquí.

—¿Acaso andabas más seguro entre toda la gente que estábamos antes? ¿De verdad te sentías más tranquilo apretujado entre la gente en las calles, donde cualquiera podía clavarte un puñal con toda impunidad? Y no necesariamente por la espalda.

Recordé al tipo que había chocado conmigo. Pudo haberme apuñalado y seguido su camino sin que nadie se enterara. Elión añadió:

—En los espacios abiertos, por lo menos nadie se te acercará sin que tú lo veas. Tan solo tienes que cuidarte de alguna flecha.

¿De una flecha!? ¿De otra flecha! ¿Por qué me había dicho aquello? ¿Yo aborrecía las flechas! Podían ser lanzadas desde muy lejos. ¡Y no las sientes llegar!

»Por otra parte, yo dudo que quienes te seguían esperasen que hicieras esto.

¿Por qué aquello me tranquilizó?

¿Por qué me sentía seguro junto aquel tipo que apenas acababa de conocer de forma tan casual?

¡Ah, Dios mío!, qué poca idea tenía yo de todo lo que necesitaba aprender. Y lo primero que aprendería, y antes

de terminar el día, era que esta clase de casualidades o de coincidencias no existían, por regla general. Claro, yo tampoco podía saber, en ese momento, que con Elión nada era la regla general.

Al doblar un pequeño recodo del camino nos encontramos, de golpe y porrazo, con alguien que sujetaba a dos caballos ensillados. Uno de ellos era de color negro y de ojos muy vivos. No se podía apreciar bien debido a que llevaba gualdrapas totalmente negras, que le cubrían toda la grupa y el pecho. Relinchó suave, como saludando a Elión, indicio de que se conocían.

Quien fuera aquella persona que estaba junto a ellos, se encontraba cubierta de pies a cabeza de negro, al igual que él, dejando ver tan solo los ojos. Me pareció que eran de un verde intenso y estaban maquillados; ojos de mujer. No pude mirarlos bien, porque ella lo evitó moviendo su cabeza hacia otro lado. Elión se le acercó y dijo algo que yo no escuché. Él me entregó las riendas de una yegua torda muy hermosa, cubierta también por ricas gualdrapas en las que predominaba el rojo, muy al estilo turco, y me dijo:

—Solo espero que sepas montar lo suficiente como para no caerte.

Montó de un salto en el caballo negro. Cuando yo vi sobre tan inquieto caballo a ese jinete negro, con aquel verde color de ojos que parecían relucir, de no haber tenido yo esa seguridad que me había transmitido antes, creo que hubiera salido corriendo y pegando voces.

La yegua fue paciente, tengo que reconocerlo. Ella esperó a que yo montara después de vario toscos intentos. Empezamos el trote; mejor dicho: el rebote, porque yo iba rebotando en la silla.

Yo sentía curiosidad y miré para atrás, ya que la persona que nos había estado esperando con los caballos no tenía otro para irse. Pero ya no la vi, no vi a nadie por ningún lado. Fue como si se la hubiera tragado la tierra.

No me quedó tiempo para pensar en eso, puesto que, además de no ser tan buen jinete como para ir mirando hacia atrás, estaba ocupado en seguir el ritmo de Elión. Él emprendió un galope suave que a mí me resultó más cómodo. La yegua que yo montaba no necesitaba ser taloneada ni fustigada, más bien tenía que llevarla con las riendas cortas, algo frenada para que no saliera disparada tras el caballo negro y se pusiera a su lado. No cabía duda de que era una excelente yegua árabe.

Pensé que iríamos en dirección hacia la calzada que desciende las colinas de Judea hacia Ramla, pero Elión tomó por el camino hacia Ashdod. Yo no supe cuántas horas habíamos cabalgado. Mi culo y el dolor en las piernas me decían que fue mucho tiempo, más del que yo hubiera querido.

Llegamos a la vista del puerto, ya con las últimas luces del sol rayando en el horizonte. Elión torció hacia un lado y nos encontramos a una persona. Me pareció la misma que nos había entregado los caballos, pues vestía exactamente igual y creí ver un fugaz verde en sus ojos.

Elión detuvo a su caballo y esperó a que yo desmontara. Agarró las riendas del mío y me hizo una seña para que esperara allí. Él caminó los seis o siete metros que lo separaban de aquella persona. Se colocó delante de ella ocultándola a mi vista y hablaron algo.

Me tenía intrigado el parecido de los dos al estar vestidos de aquella forma, pues las contexturas eran muy similares y tenían la misma estatura. Aquella no podía ser la misma

persona que nos entregara los caballos unas horas antes. Yo tenía que estar confundido. Pero a menos que los ojos verdes fueran por allí comunes, tanto como la verdolaga y las ortigas por mi pueblo, tenía que ser la misma, aunque a mí me pareciera simplemente imposible.

Pero... no. Yo tenía que estar confundido, definitivamente; porque todos parecían iguales vestidos de tal forma y envueltos en aquellas capas.

Elión retrocedió hasta donde yo estaba. Había cambiado el pequeño bolso de cuero y ahora traía uno más grande, de tela negra. Le colgaba a un costado, por medio de una gruesa banda que cruzaba su pecho desde el hombro opuesto. En cierta forma, era similar al que yo mismo llevaba, solo que el mío era de cuero crudo. A él le quedaba oculto totalmente bajo la capa.

Sin decir nada, Elión comenzó a caminar hacia el puerto. Yo lo seguí con rapidez. Unos pasos después volteé a mirar. ¡Ya no estaban! ¡Ni la persona ni los dos caballos estaban! ¡Se habían esfumado en el aire! De la impresión tropecé y casi me fui de bruces.

—Mejor miras hacia adelante, no te vayas a partir las narices ahora porque nos retrasaría —dijo él sin voltear.

Llegamos a los muelles, en los que había varias embarcaciones de distintos tamaños. Él se dirigió directo hacia una barca de unos cuatro metros de eslora, que parecía a punto de zarpar con dos hombres. Embarcamos y nos sentamos en la proa mirando hacia la popa.

Uno de los hombres hizo uso de los remos para separarnos del pequeño muelle de madera y avanzamos unos cuantos metros. Los dejó y procedió a izar la vela que se hinchó al influjo del viento. Aseguró la escota dándole un

par de vueltas alrededor de una pequeña cornamusa en la borda. Luego, sosteniendo el extremo de la escota en su mano, se sentó en la popa junto al hombre que llevaba la caña del timón. Mediante un cabo de unos tres metros remolcábamos un pequeño bote.

La barca se fue alejando en dirección más o menos norte, aparentemente rumbo a Chipre, según yo supuse. Elión no dejaba de mirara hacia la costa que íbamos dejando atrás, como si él alcanzara a ver algo que yo no podía. Yo había escuchado contar que tuaregs, bereberes, beduinos y la gente del desierto, en general, acostumbrados a los grandes espacios abiertos, eran capaces de ver con gran detalle a distancias enormes.

Yo no alcanzaba a ver que en la costa, arriba del puerto, tres jinetes con capas y capuchas de color rojo oscuro por fuera y negro por dentro, que se cubrían el rostro con máscaras rojas, observaban la barca que se alejaba sin modificar su rumbo.

Un rato más tarde, con la barca ya lejos, a duras penas visible y que no parecía alterar su curso ligeramente norte, uno de ellos sacó un pequeño trozo de tela blanca y escribió algo en ella, con la pluma y el tintero que el segundo le tendió. El tercero llevaba una jaula y sacó de ella una paloma. El trozo de tela fue enrollado cuidadosamente, y sujetado a la pata del ave mediante una anilla. La soltaron y ella se elevó volando en dirección al nordeste.

Las sombras de la noche llegaron con rapidez ocultando todo. A una indicación de Elión, el hombre que llevaba el timón lo movió. La barca cayó a babor poniendo rumbo hacia el oeste. El que sujetaba la escota la ajustó para una nueva posición de la vela, ahora con viento más favorable.

La costa había desaparecido tragada por la oscuridad y la distancia. Algunas luces dispersas delataban fogatas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije yo entonces.

—Por supuesto, las que tú quieras.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora?

—Esta barca va hacia Alejandría, donde atracará en unos dos días.

—Pero eso es hacia el oeste.

—Veo que estás bien en geografía y orientación, eso me agrada —dijo él.

—Pero yo pensé que nosotros íbamos a Chipre.

—¿Por qué?

—Por el rumbo inicial que pusimos. Claro que también podríamos llegar a cualquier puerto de la costa sur de Anatolia, además de otros sitios. Por supuesto, yo no soy experto en estas cosas, aunque sé algo; pero esta no es una barca adecuada para un viaje largo en mar abierto. Por eso me pareció más lógico ir a Chipre, ya que allí sería fácil para nosotros conseguir un barco con destino a Grecia o incluso a Italia.

Él se rio y dijo:

—Es un excelente razonamiento. Pero ocurre muchas veces que para ir hacia adelante es preciso retroceder un poco. Sobre las ondulantes arenas del desierto no siempre se puede ir en línea recta. Ahora mismo, quienes te seguían y llegaron a tiempo de vernos de lejos abordar la barca, bajo la misma lógica de tu razonamiento piensan también que te diriges a Chipre. Ya han enviado aviso para que te intercepten.

—¿Cómo puedes tú saber eso?

Él no me respondió y preguntó a su vez:

—¿Juegas *tawle*?

Yo no entendí qué tenía que ver el *tawle* en todo eso.

—Sí, algo.

—Perfecto, podremos entretenernos durante el viaje y el camino. Quienes te siguen han de estar totalmente confundidos sobre mi participación en esto. ¿Juegas ajedrez?

—También.

—Ellos se preguntarán quién soy, pues yo conformo una pieza totalmente inesperada sobre su tablero de ajedrez, con movimientos lineales ilimitados como los de una reina más los saltos de un caballo. Yo interfiere en un juego en el que tú, como simple peón, ya debías de estar muerto.

»Ellos juegan con las blancas e hicieron el primer movimiento, o al menos eso es lo que piensan. Nosotros, con las negras nos moveremos de formas poco previsibles sobre ese tablero, unas veces hacia un lado y otras hacia el otro; además de los saltos de un caballo, inesperados en ocasiones y siempre difíciles de cubrir. Lo importante por ahora, en este cuarto movimiento, es que ellos no nos esperarán en el puerto al que nosotros vamos.

—¿Y qué haremos al llegar allí?

—Todo a su momento. Ya lo sabrás en breve. No tengas tanta prisa.

La noche estaba bien iluminada por una luna todavía llena. La brisa era algo más fresca de lo que yo hubiera querido para mi raída capa. Un rato más tarde, Elión dijo algo y uno de los hombres arrió la vela. El otro tiró del cabo de popa, acercó el bote que remolcaban y lo colocó en el lado de sotavento de la barca. Elión me dijo:

—Vente, es hora de cambiar.

Sin más palabras, se pasó al pequeño bote y yo lo seguí. Entre la oscuridad y el movimiento de las olas, yo estuve en

un tris de caerme al agua, si no hubiera sido porque él me sostuvo por un brazo.

La barca de pesca volvió a izar su vela y se perdió en la oscuridad de la noche rumbo hacia el suroeste, buscando acercarse a la costa. Yo me senté en la proa del bote. Elión colocó el pequeño mástil removible que el bote llevaba, izó una vela y se sentó junto al timón. Comenzamos a navegar hacia el noroeste alejándonos más de la costa. Yo le dije:

—Ahora sí que estoy confundido. Si aquella barca no era apropiada para un viaje largo, no tengo la menor idea de lo que piensas hacer con este pequeño bote, absolutamente inapropiado para mar abierto. No llegaremos a ningún lado con él; es un suicidio. El tiempo se está poniendo malo y ya no creo que tan siquiera pudiéramos regresar a tierra. Pero yendo en esta dirección no hay ningún sitio al que llegar, no que yo sepa. ¿Pretendes alcanzar Creta?

—No, ninguna isla.

Fue todo lo que dijo.

Quizás media hora más tarde, con nada para contarla más que con mi inquietud, ya con un fuerte viento y un picado mar azotándonos de forma peligrosa y amenazando con ponerse peor, Elión miró hacia adelante con un mayor detenimiento. Yo volteeé para mirar también. La oscuridad era tal que me costó varios minutos distinguirlo.

Por la proa, a unos cuarenta metros, yo medio logré ver la oscura y larga silueta de un barco grande. Era muy difícil notarlo, difuminadas como estaban sus formas pareciendo la continuidad de la noche. Tenía todas las velas tendidas y se mantenía al paio. Yo pensé que Elión tomaría medidas para evitarlo, buscándole la popa; pero él se dirigió directo hacia el buque.

Ya cerca del costado de sotavento, al abrigo que el buque nos ofrecía de las olas, Elión orzó hábilmente, aflojó un poco la escota y la vela dejó de portar igual; la barca perdió velocidad de inmediato. Ya casi para golpear el casco, Elión dio un golpe de timón y el bote se terminó de abarloar al alto costado del negro buque, al lado de una escala de cuerda que colgaba hasta ras del agua. Sin decir nada, él comenzó a subir por ella y yo lo seguí tan rápido como me fue posible.



CAPÍTULO 70

La nave negra

Me costó una barbaridad subir por aquellos peldaños de cuerdas, porque el franco bordo era alto y la escalerilla se movía para todos lados. Puse pie sobre cubierta, al lado de Elión que estaba asomado a la borda. Un fuerte crujido de maderas que se partían me sobresaltó. Me asomé por la borda junto a él. Alcancé a ver que el pequeño bote era triturado por las fauces de un gigantesco monstruo invisible. En un instante, quedaron tan solo pequeños trozos de madera y jirones de la vela, que pronto las fuertes corrientes dispersarían.

Sobre la cubierta principal del buque había varios hombres. En la popa esperaban tres personas junto al alcázar. Vestían de negro como los demás tripulantes. Todos usaban turbantes y velos que ocultaban sus rostros. Elión fue hacia los tres que lo aguardaban. A su paso, los otros tripulantes se inclinaron ligeramente ante él.

Uno de los tres hombres, el del medio, que me dio la impresión de ser el capitán, lo abrazó con gran familiaridad; luego lo hicieron los otros dos. No alcancé a escuchar lo que se dijeron. Los pocos tripulantes que logre ver comenzaron a cazar las velas. Se produjeron algunos crujidos leves y luego, silenciosamente, el buque se puso en movimiento con proa hacia el oeste.

Elión me llamó sacándome de mi contemplación. Una persona, de entre aquellos embozados de negro, nos acompañó hasta un camarote en la toldilla. Aunque no sé para qué, porque yo sería capaz de jurar que Elión se sabía muy bien el camino.

Aquel camarote era lo más amplio y lujoso que yo he visto en mi vida, y lo que yo menos me podía esperar a bordo de un buque. El hombre de negro que nos había acompañado se retiró en silencio. Ya sin poder aguantarme, pregunté:

—Elión, ¿qué es esto?

—¿Qué es? Me parece obvio que es un camarote. Así se les llama a las habitaciones en los buques.

—No, ¿qué es todo esto?

—Es un buque. Ya lo has visto.

—No, no quiero decir eso.

—En ese caso, ¿por qué no eres más preciso?

—Quiero decir que... ¿por qué es este cambio en pleno mar?

—Era conveniente. Esa barca de pesca era muy pequeña y lenta para llevarnos adonde nosotros nos dirigimos.

—¿Y adónde es que nos dirigimos?

—A Trípoli.

—¿Trípoli? Pero tú me dijiste hace un rato que íbamos hacia Alejandría.

—¿Estás seguro de que yo dije que tú y yo íbamos hacia Alejandría?

—Totalmente. Lo oí muy bien.

—Martín, ¿y cómo es que pudiendo oír tan bien no escuchas? Yo te dije que *la barca* iba hacia Alejandría. Ella es la que sigue rumbo hacia allá. Sus dos tripulantes atracarán

en aquel puerto en un par de días o algo más, después de que pesquen, que es su trabajo.

—Sí, eso dijiste. ¿Por qué nosotros vamos a Trípoli? Eso es meterse en terreno de lobos. No es buen sitio para los cristianos. ¿O tú eres musulmán?

—Tú no te preocupes por lo que yo soy ni por Trípoli.

Me pareció escuchar que él volvió a reír en voz baja. Yo no podía verle la cara, oculta bajo el *shumagh*.

—¿Qué barco es este?

—Confórmate con saber que es uno excelente.

—Eso ya lo veo, es que no he logrado reconocer de qué clase es ni de quién.

—¿Habría diferencia si fuera genovés, griego o turco?

—No, creo que no la habría, aunque por estos lados la mitad de todo es turca en estos días.

—Eso es cierto.

—¿Por qué es todo negro?

—¿Por qué tendría que ser blanco?

Buena pregunta aquella.

—Y una vez en Trípoli, ¿qué haremos?

—¿Tú qué crees? —me preguntó él a su vez.

—Si vamos para el continente necesitaremos volver a embarcar.

—¿Ves que sí lo sabes? Allí buscaremos otro buque, esta vez para Sicilia —dijo él quitándose el *shumagh*.

—Ya veo. Y ya metidos en la boca del lobo de los territorios musulmanes, como puerto ¿no sería mejor Túnez?

—Quizás. Pero lo lógico y lo obvio no necesariamente es lo mejor siempre; tampoco es lo que a nosotros nos interesa ahora. Así como tú piensas, posiblemente pensarán ellos, quienes te buscan, cuando lleguen a rastrearnos. Y lo

que nosotros queremos es despistarlos todo lo posible. ¿No es así?

—Claro. ¿Y de Sicilia pasaremos a Italia? No es el país más conveniente para mí, por ahora, todo lo contrario. Yo debiera de evitarla. ¿O quizás tú tienes en mente el sur de Francia?

—Si todo va bien, desde Sicilia haremos el viaje hasta Barcelona sin más cambios de buques.

—¿A Barcelona? ¡Yo nací en ese condado! ¿Y por qué este mismo barco no nos lleva directo a Sicilia? Ya que estamos en él.

—Porque también sería lo obvio. Puestos en esto, también podría llevarnos directo hasta Barcelona, y lo haría antes de que espabile un tonto. Solo que yo no quiero involucrar al buque ni a su tripulación, poniéndolos en las miras de quienes te persiguen a ti. En Sicilia y en Barcelona hay muchos ojos inadecuados mirando hacia el mar. Este buque no tocará puerto en Trípoli. De hecho, casi nunca atraca en puerto alguno. Desembarcaremos en un bote. De esa forma yo me aseguro de que este buque no pueda ser rastreado.

—¿Y por qué fue el cambio al bote pequeño?

—¿De verdad, Martín, que no eres capaz de comprender los motivos?

—En este momento no. Estoy muy confundido. Necesito tiempo para pensar.

—Los dos pescadores no tienen la menor idea de lo que nosotros hemos hecho —dijo Elión con cierto tono de resignación—. Y quien nada sabe nada puede decir ni tiene necesidad de mentir.

—¿Pero por qué todo este recorrido, maestro?

Lo dije y yo mismo me quedé sorprendido. ¿Por qué le había llamado así? ¿Qué me impulsó a ello? No pude seguir pensando porque él respondió:

—Primero que nada, a mí me resulta una ruta bastante directa para España, que es adonde vamos. En segundo lugar, de esta forma quizás lograremos despistar durante varios meses a quienes te siguen a ti; esos que intentan darte muerte para que no llegues a tu destino y cumplas con tu cometido. Ese tiempo nos será de gran utilidad; es el margen que necesitamos.

—¿Cómo sabes tú de mi cometido?

—Confórmate con que lo sé.

—Pero mi destino está en Francia, no en España.

—Lo sé, ya me has dicho que querías ir allá.

—Pero tú dijiste que llevábamos el mismo camino y destino. Yo pensé que tú ibas para Francia.

—Entonces entendiste mal, otra vez. Yo te dije que *tú ibas por mi mismo camino y destino*. Eso es lo que estás haciendo: sigues mi camino hacia mi destino.

—Tú y tus palabras. ¿Siempre tienes que ser tan preciso?

—Por causa de las malas interpretaciones se han producido muchos entendidos desafortunados, desavenencias entre familias y guerras.

—Ya, vale, entendí. ¿Y cuál es tu destino, adónde es que te diriges?

—A España, Martín. ¿No te lo acabo de decir? En este momento, tomando tus palabras de hace unas horas, yo cumplo mi tercera peregrinación, por llamar de alguna forma a este viaje. Tengo que pasar por Santiago de Compostela, entre otros lugares, pues son unas cuantas cosas las que he de hacer en España.

—¡Pero yo voy a Francia! ¡Es de vital importancia!

—Cuántos peros pones, mi joven amigo. Sería conveniente que quitaras esa palabra del inicio de tus frases. No le pongas tantos peros a la vida y ella será más benévola contigo. Tú cumplirás con tu misión, descuida. Ahora duerme y mañana aclararé algunas de tus dudas. Vayamos poco a poco. Intenta dormir, que tienes una buena cama para hacerlo.

En el camarote había dos camas, porque con tal lujo yo no me atrevería a llamarlos catres. Una era la que él me señaló, la típica para una persona, y la otra era más grande.

—En esa cama caben perfectamente dos personas.

—Sí, caben muy bien —dijo él con una media sonrisa.

Yo me eché en la que él me señaló. Era muy cómoda. Él se sentó en el suelo, junto a la otra cama, y adoptó una posición de meditación.

Yo intenté dormir.

No pude.

Volví a intentarlo.

Tampoco pude.

Eran muchas las cosas que me daban vueltas en la cabeza, aunque a ninguna le encontré una explicación razonable ni lógica. Me llevaría algunos años entender que, aun ante la misma situación, la lógica racional no es igual para todos. Me di cuenta de algo y dije:

—Maestro, cuando comíamos en Jerusalén me dijiste que estabas esperando a alguien que habría de reunirse allí contigo ese día.

Él no respondió.

Esperé algo más y él seguía sin responder. Pensé que estaba meditando y no me escuchó. Al fin me di cuenta de que,

otra vez, yo había aseverado algo en lugar de preguntar, que era lo que quería hacer. ¿Cuándo perdería yo esa mala costumbre?

—¿Fue así o también entendí mal?

Él tardó un poco en responder.

—Eso te dije.

—Pero nos marchamos de forma muy apresurada. ¿Por qué no te quedaste esperando a esa persona?

—No era necesario quedarme más tiempo. A quien yo esperaba ya había llegado.

—¿Si? Entonces habrá sido antes de yo llegar. Porque no vi que saludaras ni hablaras con nadie más que con el tabernero. ¿A quién esperabas?

—A ti.

No sé cuánto tiempo estuve digiriendo aquello.

¿A mí?

¿Por qué a mí? No nos conocíamos.

¿A mí?

Menos mal que en la penumbra del camarote él no podía ver mi cara de estupor o se habría meado de la risa. Además, él tenía los ojos cerrados meditando.

—¿Tú me conocías?

—Fue la primera vez que te veía.

—¿Y cómo sabías que era yo a quien esperabas?

—Porque solo el que habría de reunirse conmigo se sentaría en mi mesa, justo en la silla frente a mí y con un plato de alcuzcuz, había nacido en España, era un joven fraile del Cluny y quería ir a Francia. Yo no creí que hubiera muchos que fueran a sentarse allí y los estuvieran buscando para matarlos. Tampoco muchos que hablen tanto como tú, cuando deberían de aprovechar para dormir.

—¿Pero por qué me esperabas a mí?

—Ya que tú no quieres dormir ¿te importaría dejar que yo medite un rato?

—Sí, maestro, por supuesto.

—¿Sí te importaría que lo haga o no te importaría?

—No me importaría que tú lo hagas. Yo te dejaré meditar sin interrumpir.

—Gracias, eres muy amable. Te doy una recomendación mientras estemos a bordo de esta nave: no hagas ni una sola pregunta a la tripulación, no te acerques a ellos ni los mires siquiera. Será mejor para ti... y más seguro.

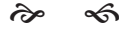
Yo quise dormir, pero ahora menos podía.

Nos habían estado esperando. Primero fue la mujer que nos entregó los dos caballos, luego su hermana gemela para recogerlos. Después, la barca de pescadores, ahora era este velero que nos esperaba en alta mar, a cuyos tripulantes yo no debía de hablar ni siquiera mirar. ¿Y qué le había pasado al bote? ¿Qué lo había destruido de aquella forma?

Este iba a ser un viaje largo hasta Trípoli, probablemente quince días o más, aunque... En cualquier caso, tendríamos bastante tiempo para conversar.

En ese momento yo no tenía idea, ni la más remota, de todo el tiempo que tendría para conversar con Elión, durante el próximo año, mucho menos del vuelco tan grande que ese día había dado mi vida. ¡Pero yo no había muerto como predijo aquella mujer en Jerusalén! Por lo tanto: no resucitaría como un licántropo ni como una tenebrosa alma de la oscuridad. Porque yo seguía siendo yo.

Si hubiera sabido todo lo que llegué a saber un año más tarde, lo que en ese momento yo habría dicho sería: ¡Qué ignorante eres, Martín!



A la mañana siguiente logré darle un buen vistazo al barco. Yo sabía algo de ellos y aquel me parecía muy extraño. Elión estaba acodado en la borda en el lado de babor, mirando hacia donde debiera de estar la costa. Pero estábamos tan lejos que no se distinguía.

Me coloqué a su lado. Su capa, antes totalmente negra, ahora tenía bordadas bellas hojas plateadas en ambos costados, similares a las que tenía también su casaca negra. Parecían caer desde ambos hombros formando un tejido vegetal. Las que llevaba en el lado izquierdo eran distintas que las del derecho. Me eran familiares, pero no logré reconocerlas. Porque si bien yo sabía algo de botánica, no era mi fuerte. Me resultó obvio que se trataba de una capa reversible, totalmente negra por uno de los lados.

Un marinero vino, le entregó una capa negra y se volvió a marchar. Elión me dijo:

—Quítate esa capa mugrienta, que ya resulta nauseabunda del olor. Ponte esta otra. Menos mal que en tu orden usáis hábitos negros, porque si fueran blancos o grises no se te podría mirar de la suciedad que llevas encima. Te recomiendo que hoy mismo te pongas a lavarlos. Antes de almorzar te darás un baño o esta noche dormirás en cubierta. No quiero que dejes el camarote apestando.

Me puse la gruesa capa negra con capucha que él me dio. Era muy buena y abrigaría maravillosamente en los fríos días de invierno. Elión tiró la mía al agua. Yo le dije:

—Maestro, yo aún no te he agradecido por salvarme la vida. Me siento en deuda contigo y no sé cómo pagarte.

—Me alegra haberte podido salvar esta vez.

¿Cómo que esta vez?

¿Qué querría decir él con eso?

¿Cuándo fue que no pudo hacerlo?

¿Por qué me resultaban tan misteriosas la mayor parte de las cosas que me decía?

Pero yo tenía que agradecersele:

—Pues te doy las gracias por ello.

—No lo hice para que me lo agradecieras. De todos modos acepto tu intención.

Sí, yo estaba seguro de que él no lo hizo para que se lo agradeciera. Pero... ¿qué fue aquello de salvarme esta vez? Yo seguía dándole vueltas al asunto. ¿Acaso él esperaba que pudieran atentar contra mí en otras oportunidades futuras, o se refería a otra cosa? El caso era que yo aún no sabía por qué lo había hecho.

Porque Elión me había estado esperando en aquella taberna, eso estaba muy claro ahora. ¿Cómo había sabido él que, en la intrincada extensión de la gran ciudad de Jerusalén, yo iba a entrar en aquel local de comidas ni...?

En resumen: que yo no sabía nada de nada. Estaban sucediendo tantas cosas y yo no me enteraba de ellas.

Lo que más me confundía era toda aquella preparación logística que notaba. Fue como si él lo hubiera sabido y preparado de antemano. Pero debió de haberle llevado mucho tiempo, forzosamente. ¿Entonces?

Yo no podía quedarme con aquella curiosidad. Por eso, para no ser muy directo, le pregunté:

—¿Te gusta viajar en barco?

—La primera vez que lo hice fue hace bastantes años, en un trayecto muy corto para cruzar el estrecho del Bósforo desde Constantinopla.

—Sí, lo conozco. Yo también crucé por allí.

—Años después navegué en buques de carga por el Mar Negro, para aprender. También en otra clase de buques, en viajes hacia el Egeo y el Mediterráneo. En barca he navegado mucho, tan solo por gusto.

—Sí, ya he visto que fuiste hábil con el bote.

—Yo reconozco que en buque es una forma rápida y cómoda de viajar grandes distancias; cada vez me está gustando más, sobre todo porque puedes llevar el caballo contigo. Me resulta agradable el silencio, el sonido del agua contra el casco de madera y el del viento entre las jarcias y sobre las velas.

—Sí, es agradable.

—También me gusta escuchar el graznido de las gaviotas y verlas volar, disputar y robarse la comida unas a otras, como unas pillastres. Hay muchas cosas interesantes, tal como esos peces que ves ahí. Vuelan por tantos metros sobre la superficie del agua, escapando de los depredadores y apartándose del buque. Todo esto es muy instructivo. Y me parecen muy hermosos los delfines. Tengo una buena relación con ellos.

—¿Cómo puedes tener una relación? Son peces.

—Son mamíferos. Respiran aire y maman.

—Lo que sea. Yo nunca he visto delfines.

—¿No? Pues no lejos de aquí hay un grupo que acompaña a unas ballenas. Ya los verás. Vendrán dentro de poco.

—Te preguntaba lo del barco porque me parece que todo esto ya lo tenías preparado. Los dos caballos esperando, la barca anterior y ahora este barco no han sido porque sí. Estaban esperándonos como si previamente hubieran sido contratados.

—Eres buen observador. Así ha sido.

—Por eso pensaba que te gustaba viajar en barco y que ya lo has hecho otras veces.

—Me gusta viajar a caballo, también en camello cuando se hace preciso. Sin embargo, yo no desdeño las nuevas experiencias y, como te he dicho, también me agradan los buques. Pero esto no lo necesitaba, lo hago por ti.

—¿Por mí?

—¿De verdad crees tú que hubieras sobrevivido al viaje en la caravana de camellos hasta Haifa, si ya te seguían en Jerusalén?

—¿Cómo sabes eso?

El no hizo caso a mi pregunta y siguió diciendo:

—En un principio, tu orden en Jerusalén dejó saber que, para realizar una investigación documental, te enviarían a Constantinopla por la vía interior de Damasco y Antioquía. Así lo mantuvieron por casi dos meses. Fíjate que yo también, en un principio, pensé que me encontraría contigo en Constantinopla. Quizás lo hubiera preferido porque tengo buenos amigos allí. Aunque desde Jerusalén se abrieron otras posibilidades más convenientes. En fin.

»Luego, en supuesto secreto y a última hora, tus superiores decidieron cambiar los planes un día antes y embarcarte por Haifa. Pensaron que podrían engañar a los espías que estuvieran al tanto de las noticias en Jerusalén. Pudo haber resultado, quizás, si hubieras salido el día previsto en lugar de la demora que tuviste de tres días.

—Sí, fue una gran contrariedad, pero mis superiores no quisieron que yo fuera solo, sino en una caravana.

—Yo me pregunto si de verdad pensabais que eso despistaría a vuestros enemigos. Si acaso lograbas embarcar en Haifa, cosa muy dudosa porque te vigilaban, ¿tienes idea

de lo sencillo que es deshacerse de una persona en el mar? Es muy fácil caerse por la borda durante la noche, mientras estás orinando. Nadie sabría si te empujaron o te caíste tú.

—Yo no había pensado en eso.

—¿Tampoco pensaste que te estarían esperando a la llegada al puerto de Atenas? ¿Y desde allí conoces todo el largo recorrido que tenías que hacer por tierra?

—Sí, lo conozco, ya lo he recorrido, aunque al revés, hace unos pocos años.

—Entonces sabrás que, en el trayecto que te tenían planificado, encontrar un millar de oportunidades para darte muerte son pocas.

—Sí, tienes razón, maestro. ¿Cómo sabes el itinerario que tenía?

—Eso ya no importa. Martín, yo no sé quiénes te habrán enviado en ese viaje ni quiénes planificaron tu ruta. Pareciera que no tenían la menor intención de que tú llegaras o que...

—¿O qué?

—O hay quien conoce al dedillo todo lo que hacen y planifican tus superiores. Ha sido como si ellos hubieran repartido por todo Jerusalén bandos con tu itinerario y las intenciones.

—Yo no quería pensarlo, pero creo que tienes razón. Aunque quedan todavía otros cuatro hombres con la misma encomienda, afortunadamente.

—Olvídalos.

—¿Por qué?

—Ya están muertos. No han logrado salir de Jerusalén.

Como una pedrada, me llegaron a la mente las palabras de la mujer aquella en Jerusalén, con su augurio de que el

hermano Jonás viviría mucho menos que yo. ¡Él ya estaba muerto! ¿Pero cómo lo podía saber Elión?

—¿Cómo lo puedes saber tú? ¿Y cómo podías saber lo que sucedería conmigo y tener todo esto preparado?

Él no me respondió, sonrió mirando hacia la lejana costa. Poco después me aclaró:

—Cuando los que te siguen vean que nunca llegamos a Chipre comenzarán a buscar posibles destinos cercanos. Tardarán semanas en llegar a imaginarse la posibilidad de esta ruta hacia el oeste, y estarán totalmente confundidos. Tardarán otras semanas más en poder seguir el rastro de la primera barca de pesca. Necesitarán de mucha gente para ello, demasiada, por muy bien organizados que estén.

»El Estado Cruzado de Jerusalén carece de control sobre los territorios en poder del Califato. Por lo tanto, se les hará muy difícil, a quienes sean, si no imposible, realizar averiguaciones directas en todos los puertos probables de estas costas. Yo no sé lo que tú llevas, lo importante que pueda ser para quien vaya dirigido, y mucho menos lo que ocasionará ni dejará de ocasionar si llega o no a su destino, porque no me interesa para nada. Pero es indudable que es de mucho interés para alguien, a costa de lo que sea.

»El de la capa roja en la fonda tenía el cometido de quitarte el bolso, en cuando los otros dos te mataran con las flechas desde el techo. En medio de la confusión y conmigo muerto también, él se hubiera ido sin llamar la atención. De la forma en que sucedieron los hechos ya no pudo hacerlo y decidió retirarse. Debían de tener prisa, porque hubiera sido mucho mejor para ellos agarrarte en cualquier calleja. Los hizo cambiar sus planes el que entraras en la fonda a comer, al acordarte de que tenías hambre.

—Yo no me di cuenta de nada de eso, con todas las vueltas que di por el suelo. Pudiste haberme empujado más suave. A pesar de tu ayuda y de que me has salvado la vida, lamento no poder decirte cuál es mi misión.

—Martín, ¿me estás prestando alguna atención? Te acabo de decir que no me interesa conocerla. Yo no ayudo a quien tú pretendas ayudar, te estoy ayudando a ti.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Para que salgas vivo.

—¿Pero por qué?

—¿Otro pero más?

—¿Por qué? ¿Por qué me estás ayudando?

—Eso es algo que tú tendrás que averiguar. Descuida, no te resultará difícil.

O sea, que él no me lo iba a decir directamente. Me salvaba la vida, me estaba ayudando y no me quería decir los motivos por los que lo hacía. Había más cosas que no me quedaban nada claras, por eso dije:

—No veo en qué forma, la ruta que tú tienes trazada para ti en España me permitirá a mí cumplir con mi misión. Tú dijiste que me lo aclararías.

—Tu misión es entregar algo a alguien en un sitio de Francia, ¿cierto?

—Sí. ¿Cómo sabes eso también? Olvídalo, no he preguntado nada.

—Erais cinco mensajeros con similar mensaje y destinatario. Por eso entiendo que entregarlo tú en persona o hacerlo llegar por medio de otro, los efectos serían los mismos. ¿Es o no?

—Supongo que sí. El resultado final es lo que cuenta: que sea recibido por quien lo espera.

—Perfecto. En ese caso, ve pensando en qué forma, desde España, puedes hacer llegar a su destino lo que corresponde, con toda seguridad o con una mayor seguridad de la que tenían planificada para ti. Más específicamente, hacerlo desde las Asturias, Reino de Castilla, de León o como quiera que ahora le estén diciendo a esa zona del norte de España. Yo estoy seguro de que darás con la solución, cuando hayas pensado en ello lo suficiente.

»Recuerda lo que estamos haciendo. En ocasiones no conviene seguir la línea directa para llegar a nuestro destino, sino dar algunos saltos y rodeos. Es una buena forma de despistar a quien quiera seguirnos, sobre todo si nos va la vida en ello. Tú piensa en qué formas y a través de quiénes, que a ti te resulten de toda confianza, lo podrías hacer sin que tus seguidores lleguen siquiera a imaginárselo o sospechar. Si lo logras habrás alcanzado tu cometido y quedarás libre para el otro que tienes que hacer.

—¿Qué otro cometido tengo?

—Lo sabrás más adelante.

Otra vez dejándome sin respuestas. Más delante, luego, mañana, después, cuando lo averigües.

¿Por qué no me lo decía todo de una vez?

¿Quién era él?

¿Por qué, si él era más joven, yo lo sentía tan mayor y con tantos conocimientos?

¿Por qué yo lo llamé maestro?

¿Por qué él me infundía tanto respeto a la vez que seguridad?

¿Sería aquella la muerte que me anunció la mujer, una muerte fallida, y este el maestro al que se refirió?

¿Por qué...?

¡Mierda!, cuántas preguntas.

—Ya están aquí —dijo él.

—¿Quiénes están aquí?

—Los delfines. ¿No me dijiste que no los conocías? Ahora los verás. Es una familia simpática.

—No veo nada —dije asomado por el costado del barco.

—Vienen del norte, por estribor. Van a cruzar por debajo del casco.

¿Cómo podía saber él que venían y que lo hacían por el otro lado? ¿Acaso los podía escuchar?

Efectivamente, un montón de criaturas marinas comenzaron a salir del agua. Eran mucho más grandes de lo que yo me imaginaba y tenían una gran aleta dorsal. Ahora seguían al barco saltando sobre la superficie. Parecían interesados en mirarnos. ¿O lo estarían mirando a él?

—¿Qué son esas sombras más alargadas? No se acercan a la superficie. ¿Son otro tipo de delfines?

—No son delfines. Son... otra especie.

Yo seguía mirando con suma curiosidad. Los delfines saltaban en la superficie jugando, pero aquellas otras sombras largas más abajo no lo hacían. Una de ellas subió algo más y nos miró desde abajo del agua. ¡Nos miró!

—¡Un rostro! ¡Tiene un rostro con grandes ojos! ¡Y tiene brazos también! ¡Es una sirena!

Pensé que Elión iba a decirme algo, pero no lo hizo, tan solo miraba el agua y sonreía. Hizo un ligero saludo con el brazo y la sirena se volvió a ir hacia las profundidades, desapareciendo junto con las otras sombras.

—¿Sabes lo que son, maestro?

—Sí, lo sé.

—¿Son sirenas?

—Son lo que son. Otra especie, como ya te dije.

Me quedó bien claro que no iba a decirme nada, así que desistí. Después de un rato de observar a los delfines recordé algo.

—Elión, ¿cómo es posible que estuvieras completando una peregrinación a Jerusalén? Que dices haber comenzado hace treinta y cuatro años, nada menos. Yo pienso que has de estar confundido en la cuenta ¿En qué año fue?

—La comencé en la primavera del año 1097 y la interrumpí finalizando febrero de 1098, durante el sitio de Antioquía.

—¿Cómo va a ser posible? ¿Tú estuviste con el ejército cruzado en el sitio de Antioquía? ¿Fuiste un cruzado? ¿Acaso eres un caballero templario que va de incógnito? No, no había templarios en aquella época. ¿Eres de San Juan? ¿A qué orden caballerescas perteneces?

—¡Uff!, cuántas preguntas, Martín, y cuánto supones y conjeturas. No pertenezco a ninguna orden de caballería ni he sido un soldado cruzado. Yo viajé desde España con un grupo de cruzados y peregrinos. Permanecí unos pocos meses en el campamento del ejército cristiano, mientras ellos mantenía el sitio de aquella ciudad. Luego me marche. Yo no había venido para conquistar ciudades ni liberar a Jerusalén o a ninguna otra. Mi objetivo, mucho más pacífico y personal, me esperaba al otro lado del desierto.

—¿Y qué edad tenías?

—Recuerdo que cumplía dieciocho años cuando salí de España.

—¡Pero eso es imposible! De ser así, ahora deberías de tener... cincuenta; no, ¡cincuenta y tres años! Sin embargo, tienes unos veintitrés años a lo sumo, ¡yo soy mayor que

tú! Me estás jugando una broma, eso debe de ser. ¿Verdad que sí?

—No, no estoy bromeando. Olvida tus cuentas; tú tienes otras cosas en que pensar, como la de encontrar la forma de resolver tu acertijo del envío.

Lo entendí perfectamente: él no quería seguir hablando de eso. Entonces era cierto, Elión había hablado totalmente en serio. ¿Cómo podría ser posible? No, yo mejor seguía su consejo y dejaba de pensar en ello, o podría terminar loco antes de poner de nuevo un pie en tierra firme. Pero no pude quedarme callado.

—Me dices que tu destino estaba al otro lado del desierto. ¿Lo encontraste?

—Él me esperaba y me encontró a mí.

—¿Anda, chorizos! Él era filósofo.

—¿Has vivido allá todos estos años?

—Así es. He sido inmensamente feliz. Aunque también he viajado mucho, tanto por el placer de hacerlo como para estudiar, en mi búsqueda espiritual.

—¿Estuviste en una búsqueda espiritual? ¿Qué interesante! Yo he conocido un par de tipos que vinieron buscando algunas sociedades herméticas y esotéricas antiquísimas, de las que se dice que custodian enormes conocimientos. Yo mismo he estado investigando algo sobre ellas, aunque muy poco es lo que encontré, tan solo referencias vagas. ¿Con quienes has estudiado?

Él soltó un suspiro de resignación y dijo:

—Si esas sociedades se han mantenido herméticas y ocultas, como dices, ¿piensas tú que es porque la gente va hablando de ellas por ahí? Ya conversaremos algo sobre eso, mi muy curioso e impaciente Martín. Tendremos mucho

tiempo. Me agradabas más como fuiste antes. Ahora eres de esta otra manera. Qué se le va a hacer. Lo importante es que sigues siendo un buen tipo.

¿Qué cosa había dicho él?

¿Que yo le agradaba más como fui antes?

¿Antes de cuándo?

¿Ayer? Yo no había cambiado desde ayer.

Nada, él hablaba de una forma que yo no terminaba de entender. Yo tenía mucha curiosidad, así que le pregunté:

—¿Y qué piensas hacer en Asturias?

—Allí nací, aunque no voy por eso.

—¿Y por qué vas?

—Quiero comer unas cerezas.

—¿Comer unas cerezas? Coño, vaya antojo tan fuerte que tienes tú. Puedes encontrarlas en otras partes mucho más cerca.

—No, Martín. Son unas cerezas muy especiales que solo crecen en un árbol, un único árbol en el mundo y está allí. A su sombra tengo una vieja cita pendiente, precisamente para esta floración. He decidido cumplirla finalmente, ya que ni puedo huir de lo que soy ni tampoco quiero huir de nada. Ya no.

—¿Tan importante es ello que dejas el sitio donde has vivido feliz por tantos años, para cruzar medio mundo? ¿Con quién es la cita, acaso con un rey?

—La del rey viene después. Primero me reuniré con una hermosa y simpática ángel.

Él dio la vuelta, como si hubiera dicho cualquier cosa, dejándome a mí con la boca completamente abierta. Se dirigió al costado de estribor del buque para ver una gran birreme que pasaba muy lejos.

¿Con un ángel fue que dijo él? ¿Una ángel!? ¿Había ángeles femeninos? ¿Quién era aquel hombre que parecía conocer las cosas que habían de pasar y, además, hablaba con ángeles? ¿Ellos se lo decían?

En el resto del día ya no tuve oportunidad de volver a conversar con él. Me vi forzado a bañarme antes de comer o no había comida. Con Elión las cosas iban en serio, así que aproveché para lavar mi ropa, como él me pidió.



A la mañana siguiente, segundo día a bordo, yo estaba en la proa acomodado en la cubierta del castillo. Me resultaba un lugar tranquilo desde donde se podía ver bien todo el barco. Para mí era mejor que la cubierta principal, en donde el ir y venir de los embozados y callados marineros podía causarme algún problema. Yo recordaba muy bien la advertencia que Elión me hizo el primer día.

No me cansaba de observar el negro barco. Me tenía muy confundido. Era un largo y estilizado velero de unos cuarenta y cinco metros de eslora, con arboladura de tres mástiles que tenían una rara vela con nervaduras transversales, que parecía un abanico. Elión subió y yo le dije:

—Yo nací y me crié junto al mar y tenía familia de marinos. Incluso navegué algo de niño y he visto muchos barcos, pero nunca uno como este. Tampoco he visto otras velas iguales, a menos que estas sean de los últimos años.

—Verás muchas en el mar de la China. Son propias de los sampanes chinos —me aclaró él.

—¿Si? ¿Este buque es un sampán?

—No, este es único en su clase.

—Pero estas velas las usan de día solamente. De noche lleva otras que son completamente triangulares y que están

enrollan y ocultas en ese gran palo horizontal. Botavara, creo que me dijiste que se llama. El casco no se parece en nada a los barcos mercantes, pero tampoco a los dromones. Luce muy rápido. Tenemos buen viento y noto que es mucha la velocidad que llevamos.

—Unos doce nudos —dijo él.

—¿Doce nudos? ¡Eso es imposible! ¡Ningún barco puede hacer semejante velocidad!

—Este sí. Es el buque más rápido que en estos momentos navegue en ninguna parte del mundo.

—Si tú lo dices. No nos hemos cruzado con ningún otro barco. Venimos navegando muy lejos de la costa, posiblemente para evitar a los de navegación costera. Porque en cuanto se ve alguno en el horizonte, en un curso de posible intersección o acercamiento, aquí se cambia el rumbo para pasarle tan lejos como sea posible.

—Martín, me complacen tus dotes de observador. No me las esperaba, pero tampoco tengo por qué extrañarme.

—Este no es un barco de carga ni tampoco militar. No hay una sola arma pesada, tan siquiera para defensa, lo que indica que la tripulación no teme ningún intento de ataque ni abordaje por parte de otros barcos. Es algo de por sí extraño en tiempos tan revueltos, lo que tan solo puede significar que esta es una nave conocida y temida.

»Eso es lo que me tiene confundido, porque la tripulación es apenas un puñado y no he visto soldados ni armas ni nada ofensivo, a menos que sean armas ligeras como arcos o ballestas que estén guardadas. Ayer cuando cambió el viento y sopló del noroeste, noté que este barco puede navegar muy de ceñida, cosa que es imposible para ningún otro barco. Eso y la velocidad, por mucha que sea respecto

a los otros, tanto como un caballo contra un buey, puede ser suficiente ventaja para escapar o incluso evitar un cerco de varias naves. Pero no lo es ante una calma chicha, situación en la que barcos con remos podrían acercársele con rapidez. Sin embargo, por alguna razón que no llego a imaginarme, parece que tal situación nunca ha ocurrido o si se ha dado no ha tenido éxito.

Elión puso aquella expresión risueña de cuando digo cosas que le causan satisfacción, y que yo ya comenzaba a reconocer. De modo que seguí expresando mis inquietudes respecto al barco:

»En cuanto al diseño, en algunos aspectos es como si fuera en parte un dromón, en parte..., en parte no sé qué otro barco. Porque no se parece a ninguno que yo haya visto. La acusada curvatura de la cubierta desde el centro a los costados no la había visto antes tampoco. Con eso y el gran número de imbornales, ni aunque le cayera encima la mayor de las olas le haría nada: toda el agua sería evacuada al instante.

»Desde el primer momento, me llamaron la atención los altos respiraderos y esa zona central de la cubierta que parece una compuerta. No siendo este un buque de carga es demasiado grande para ser un simple acceso a las bodegas. Pero ayer tarde la bajaron y unos marinos descendieron caminando por ella. Es una rampa que permite bajar y subir. Me llegó el olor a caballo, y recordé que tú me dijiste que te gustan los barcos porque se puede llevar el caballo.

—Martín, me estás dejando impresionado. A ver, sigue.

—El barco tiene un castillo en la proa y un alcázar de popa; eso es totalmente inusual, además de que todo son acomodaciones. Las de proa son para la tripulación. Yo no

las he podido ver, pero tuve un atisbo en el momento en que salían dos tripulantes. Era una estancia amplia con una mesa, posiblemente el comedor, y un pasillo con puertas a cada lado. No es el sollado comunitario y carente de toda intimidad, como es lo usual. Hay camarotes; posiblemente dobles o a lo más cuádruples, si tomo en cuenta el número de puertas y el de tripulantes.

»Tampoco he escuchado que el capitán o sus oficiales les griten ni amonesten. Todo lo contrario, tratan a la tripulación con una gran cortesía, incluso con la familiaridad que solo puede dar el tiempo, y todos obedecen sin rechistar. Por otra parte, no es una tripulación parlanchina, alborotadora, jugadora ni bebe licor, sino más bien disciplinada y silenciosa, una tripulación atípica. Ya de por sí, esas circunstancias son una rareza, en lo que hoy día es el trato usual a la tripulación en los barcos mercantes. Ya no digo en los militares. No me extrañaría que cualquier marinero diera la vida por servir en este barco tan peculiar y pulcro, sea lo que sea a lo que se dedique.

Elión dijo:

—¡Ah, Martín! Si aplicaras esas dotes de observación y deducción a todo en tu vida, qué poco tendría yo por hacer. Creo que tengo muy buenas esperanzas contigo. Para satisfacer tu curiosidad te diré que algunos de estos tripulantes llevan treinta años aquí, y darían su vida por preservar los secretos que encierra este buque.

—¿Qué pasó con quienes lo construyeron? ¿Los mataron al finalizar?

—No era preciso —dijo él riendo—. El cargo a bordo es tan codiciado que solo se transmite de padres a hijos, pues la fidelidad y discreción han de ser totales.

—Han de pagarles muy bien.

—Pues mira tú. Ellos ganan en un mes lo que un marino bien pagado de cualquier buque mercante ganaría en casi cuatro, si acaso no es más.

—¿Es tanto así? Con razón. Estás muy bien informado. Pero ya he notado que conoces el barco y la tripulación.

—¿Eso es todo lo que has observado?

—No. Las acomodaciones de popa parecen pensadas para llevar pasajeros con un gran lujo y comodidad. Si me guiara por ellas pensaría que solo puede ser el barco del propio emperador de Constantinopla. Aunque también el de un sultán o incluso de un califa, si no fuera por el hecho de que no hay adornos de oro o plata ni ostentación de riqueza, lo que descarta por completo a tales vanidosos personajes. Es un lujo sobrio lo que hay, dentro de lo funcional. Está dado por la calidad y el acabado de las maderas, cueros y tapices. Las acomodaciones de popa, particularmente el camarote donde nosotros estamos, tienen un olor... femenino. Sí, huele a delicados y ricos perfumes de mujer, lo que quiere decir que algunas han viajado aquí con suficiente frecuencia para haber logrado que se impregne.

Él no dijo nada que confirmara o negara mi suposición. Por la gran sonrisa en sus labios la di por buena y proseguí:

»Además de los pocos marineros, que parecen ser suficientes para un buque tan grande, lo que más me ha llamado la atención, aparte de que no hay un solo remo, son las velas. No hay ni una sola cuadrada. Esas velas chinas se izan y arrian en un momento. Están divididas en secciones y tienen forma variable. Si no están subidas completas son rectangular, que de lejos podría pasar por cuadradas. Cuando se suben completas y se tensan, el borde exterior...

Baluma, creo que se llama, se curva como un abanico en forma algo triangular. Pero esas que están enrolladas ocultas en la botavara, son completamente triangulares y la forma como están envergadas con el grátil en los mástiles no la conocía. Mucho menos esas tres velas de cuchilla en la proa sujetas a ese largo bauprés. Nunca había visto este tipo de velas. Con esa velocidad máxima de doce nudos no hay buque que lo pueda alcanzar.

—Yo no he dicho que esa sea la máxima —dijo Elión—, sino que es la que debe de llevar ahora con esas tres velas. Con las triangulares es más rápido aún, y tiene otra muy distinta que es para las empopadas, que fácilmente puede incrementar la velocidad en la mitad más.

—Con siendo cuatro o seis veces superior a cualquier otro buque no lo alcanzarán jamás. Y aunque toda la armada turca y la bizantina juntas intentasen cercarlo, este no tendría más que ceñir cerrado y ninguno lo podría seguir. Porque, que yo sepa, en todo el Mediterráneo y estos mares no hay ningún buque que a vela pueda navegar contra el viento. Y perseguirlo a remos sería absurdo. Yo no sé por quiénes ni en qué parte del mundo ha sido construido este barco tan peculiar. Me da la impresión de que está algo fuera de nuestro tiempo, muy adelantado.

—Martín, me sorprenden muy gratamente tus excelentes dotes de observador, definitivamente. Estás en lo cierto. En algunos aspectos, esta nave está adelantada en... cuatro o cinco. En algunos otros aspectos lo está algo más.

—¿Cuatro o cinco años?

—Siglos.

Elión se alejó dejándome con la boca abierta. Después de aquello, el resto del día había evitado estar a solas con-

migo, seguramente para que yo no le hiciera preguntas. Él permaneció casi todo el tiempo en el alcázar, con el capitán del buque y con los dos que debían de ser sus oficiales.

Esa noche yo ya estaba dormido cuando Elión llegó al camarote, y como él no hace ningún ruido, al contrario que yo, pues no lo sentí.



Al atardecer del cuarto día, poco antes de la puesta del sol, lo encontré en la cubierta de proa. Él estaba asomado mirando la roda del buque cortar el agua, sumido en quién sabía qué pensamientos.

A pesar de que se notaba bien la gran velocidad, a mí me seguía pareciendo imposible que fuéramos a doce nudos o más. Yo me quedé también un buen rato a su lado, luego aproveché para hacerle una pregunta que me quemaba:

—¿Tú eres cristiano o musulmán?

Tardó en responder. Fue tanto, que pensé que no lo haría. Pero me dijo:

—¿Ves el agua del mar que se aparta al paso del casco del buque, para volver a unirse luego más atrás sin perder su integridad?

—Sí, claro que la veo.

—¿Qué religión tiene?

—¡Vamos, hombre! El agua no tiene religión.

—¿Y tú piensas que le importe en algo la bandera de los buques que la surcan, y la nacionalidad o la posible religión de los tripulantes y pasajeros que llevan a bordo?

—Seguro que no.

—Entonces te diré que yo soy como el agua. En lo referente a tu pregunta de si soy musulmán o cristiano, ¿a ti te daría más uno que otro?

—No lo sé, la verdad. Es que tú me dijiste que has nacido en España, en tierras astures, pero he visto que tienes algunos comportamientos más propios de un musulmán. Me he dicho que quizás se deba a los tantos años que has vivido entre ellos. Lo que no sé es cuál de las dos es tu fe.

—¿Fe?

—Bueno, tus creencias religiosas.

—¿Cuál crees que es la creencia religiosa del agua que es igual para todos? O la del viento que sopla libre y para todos también. O la creencia de la noche que es una, la misma y también igual en todas partes y para todas las personas.

—Ni el agua ni el viento ni la noche tienen creencias religiosas de ninguna clase. Tan solo el ser humano las tiene.

Yo ya estaba pensando que él me estaba tomando el pelo con aquello.

—¿En qué crees tú, Martín?

—¿Yo? Preguntado así, no sé. Yo creo en la Virgen María, en Jesucristo, en Dios, en los santos...

—Yo no te preguntaba por creencias de tipo religioso. En fin: pareciera que nada más piensas en eso. Es natural, ya que eres fraile. ¿Crees en un dios único?

—Sí.

—Te diré que yo soy la luna que cree en una única noche de amorosos brazos, igual para todos los hombres. Y soy el día que cree en un único sol de amoroso calor, que es el mismo también para todos. Tú y yo compartimos entonces esa misma creencia de un dios único. Todo lo demás es superfluo por completo.

—Pero yo te he escuchado rezar unas oraciones musulmanas, o eso fue lo que me pareció, porque no te he visto postrarte hacia la Meca.

—¿Y qué? ¿Conoces sus oraciones?

—He estado estudiando el islam por encargo de mi orden.

—¿Podrías recitarlas?

—Por supuesto.

—En ese caso, siguiendo tu misma línea de razonamiento tendría que decir que tú eres musulmán.

—Soy cristiano —dije yo.

—Si yo te hablara en griego y cantara las ensalzadas historias de sus grandes hombres, ¿dirías que soy griego? Si te hablara en sajón o en provenzal ¿dirías que yo soy de allí? Si te hablara en latín, ¿de dónde sería yo? En donde yo esté me ajusto a las prácticas del lugar, en tanto me sea posible.

—Sí, eso lo entiendo. Pero solo se le reza al dios en el que uno cree y con los rituales de la fe que se profesa.

—¿Así piensas tú? ¿No habíamos quedado en que había un solo y único dios igual para todos? En cuanto a usos, rituales y costumbres, cuando yo esté en el comedor de un castillo en España o Francia comeré sentado en una silla ante una mesa; cuando sea en la jaima de un beduino comeré sobre una alfombra.

»Dentro de una mezquita rezaré lo que los musulmanes rezan y según sus prácticas. Cuando sea en una iglesia cristiana, entonces, junto a todos los demás rezaré el Padre Nuestro, el Ave María y las oraciones que en ese momento se usen. Cuando, por las circunstancias de la vida, yo me encuentre en una sinagoga haré lo que ellos hacen y rezaré lo que ellos rezan, si acaso conociese sus oraciones y sus rituales. Yo lo haré con todo el fervor de mi corazón. Aunque lo más probable es que en él y en mi mente, los sentimientos de lo que yo estoy haciendo pudieran ser distintos que en los demás que me rodean. Mientras sea para ensalzar al

Uno Creador y pedir por el bien de todos por igual, nada de todo eso cambiará mis íntimas convicciones ni tampoco en nada las estorban, porque todos le rezamos al mismo dios único, indistintamente de en quién se piense.

—Me parece que no logro entenderte.

—No es necesario que lo hagas... ahora. Estoy convencido de que lo llegarás a entender y posiblemente a compartirlo, aunque tampoco es necesario que lo compartas.

Yo quedé pensativo un largo rato, hasta que decidí hacer la otra pregunta:

—Le he estado dando muchas vueltas a todo lo sucedido. Luego de que me has dicho que me esperabas, junto a toda la meticulosa planificación tan ajustada en tiempos, solo me lleva a la conclusión de que tú sabías todo lo que iba a ocurrir, previamente y con mucha antelación.

Yo esperé una respuesta de su parte, que no llegó. Terminé dándome cuenta de que, otra vez, había hecho una reflexión; pero no había formulado ninguna pregunta, por lo que pregunté:

—Tú sabías lo que iba a ocurrir, ¿verdad?

—Sí, lo sabía.

—¿Cómo pudo ser posible?

—Dímelo tú, porque esa conclusión ya la sacaste hace un par de días.

—Solo puede ser posible si tú tienes la capacidad de conocer el futuro.

—¿Ves cómo puedes razonar bien, cuando quieres?

Se alejó, bajó las escalerillas de la cubierta de proa y cruzó la larga cubierta principal. Se detuvo para hablar con unos de aquellos misteriosos tripulantes de negro, cuyos rostros se ocultaban tras los velos. Les señaló algo en lo alto

del mástil de mesana, donde se sujetaba aquella gran vela que él decía que era china.

¿Acaso aquella respuesta era reconocer que él podía ver el futuro? ¿Era un vidente? ¿Qué otra cosa más podía ser para haber sabido todo lo que supo? ¿Qué otras sorpresas me guardaba aquel hombre que parecía ser como Matusalén?

A bordo de aquel barco, fuera de la afable y cariñosa familiaridad que capitán y oficiales mostraban con él, quedaba muy claro para mí que la tripulación lo conocía también. Lo trataban con un enorme respeto y deferencia que yo no entendía, como si se tratara de un emir o un alto personaje. Incluso escuché que no lo llamaban Elión sino de otras formas, aunque no pude llegar a entenderlas.

El alcázar tenía una cubierta baja, a nivel de la principal. Tenía otra media, donde estaban los camarotes del capitán y los oficiales. Sobre ella se encontraba la cubierta superior protegida por un grueso toldo; allí estaba el peculiar timón en forma de una gran rueda con múltiples manguitos. Toda la estructura era de líneas limpias y sencillas, carentes de ornamentos pesados e innecesarios.

Elión había comido todas las veces con el capitán y sus oficiales. Yo comía en el magnífico camarote que nos habían asignado, donde un marinero me dejaba la comida, siempre muy buena y compuesta por varios platillos; daba gusto. Era uno de dos camarotes gemelos en lo que era la cubierta intermedia inferior del alcázar. Había también un comedor. En el pasillo había una escalera interna que bajaba a la cubierta inferior, con más camarotes en los que ya había estado curioseando. No pude resistirme. Todos eran lujosos y muy confortables. Había una puerta que posiblemente daba a las bodegas, pero estaba cerrada con llave.



No fueron quince días. Hubiéramos llegado al quinto, pero habían ajustado la velocidad para llegar pasada la media noche. A unas millas frente a Trípoli, la nave arrió las tres velas. Dejó una bolina en el bauprés para tener maniobrabilidad y quedó al paio. Mediante unos aparejos arriaron un pequeño bote de madera con aspecto corriente. Era muy distinto de las dos barcas negras con capacidad para unas quince o veinte personas, que estaban una en cada costado. Distinto también de la otra barca más pequeña, de servicio, que iba colgada del espejo de popa en un pescante para ser arriada con prontitud.

Elión llevaba puesta la capa con el lado totalmente negro hacia afuera, y se había colocado el pañuelo cubriendo el rostro. Ya junto a la borda, con una tela negra me hizo con rapidez un pequeño turbante, y me metió por dentro del hábito mi crucifijo pectoral. Luego descendimos al bote.

Elión izó la vela triangular, se hizo cargo de la caña del timón y puso proa hacia el puerto. Yo volví a comprobar su gran pericia en esos menesteres.

El barco negro izó las tres velas triangulares, negras también, y con una rapidez pasmosa giró 180° y puso rumbo hacia el este, de donde habíamos venido. Pronto se diluyó en la noche y en absoluto silencio como una sombra. Con tal velocidad, para cuando amaneciera estaría como a doscientos kilómetros de allí, tan lejos que nadie podría llegar a pensar que estuvo frente a Trípoli esa noche.



FIN DE LOS CAPÍTULOS DE VISTA PREVIA.

